Indice.

1. El parecido en la corte.
2. La fingida Arcadia.
3. El desden con el desden.
4. El defensor de su agravio.
5. Á buen padre mejor hijo, Antíoco y Seleuco.
6. Como se vengan los nobles.
7. La cena del rey Baltasar
8. El marqués del Cigarral.
9. La confusion de un jardin.
10. Amor y obligacion.
11. Fingir y amar.

D.174.5 vol. 3 114457 S

COMEDIA FAMOSA.

EL PARECIDO EN LA CORTE.

DE DON AGUSTIN MORETO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

D. Fernando de Ribera, Galan.	*D.ª Ines, Dama.*	*D. Pedro de Lujan, Barba.*
D. Lope Lujan, Galan.	*D.ª Ana, Dama.*	*Tacon, Gracioso.*
D. Luis, Galan.	*Leonor, Criada.*	*Lainez, Vejete.*
D. Diego, Galan.	*D. Felix, Galan.*	*Un Cartero.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Fernando y Tacon de camino.

Fern. NO ví muger mas hermosa.
Tac. Señor, has perdido el seso?
Fern. Que fuera poco confieso,
segun bizarra y ayrosa
en aquella Iglesia entró,
llevándome tras su brio
los ojos y el alvedrio:
qué linda mano sacó
á la Pila! donde infiero,
que de Amor la ardiente fragua
quiso avivar con el agua.
Tac. Pues era hisopo de Herrero?
Fern. Era una azucena igual,
era un cristal cada dedo,
que sacudiéndole::- *Tac.* Quedo,
que se quebrará el cristal.
Fern. Por aquí venirla ví:
pues en la Iglesia hay Sermon,
yo he de esperarla, Tacon,
por si vuelve por aquí.
Tac. Es de veras, ó es un poco
de culebra? *Fern.* Estás sin tino?
yo burlarme? *Tac.* Lo imagino,
por no pensar que estás loco.
Fern. Locura es el alborozo
de tan divinos amores?
Tac. Vírgen de Regla! señores,
este Caballero mozo,
que hoy se apea en esta Villa,
es, porque vean su quimera,
Don Fernando de Ribera,
de los guapos de Sevilla.
Hizo allá algun desatino,
y huyendo el riesgo al proceso,
como le cogió el suceso,
nos pusimos en camino.
Quantas prendas y dineros
traía el desventurado
hasta Madrid, ha gastado,
con que llegamos en cueros.
Y acabados de llegar
á esta calle, que entre tantas
la llaman de las Infantas;
porque se vino á apear
donde el mozo ha de vivir
de las mulas, sin tener
con que almorzar y comer,

ni saber donde dormir,
ni amigo que ir á buscar,
de una Dama que ha encontrado,
dice que se ha enamorado,
y que la quiere esperar;
pues á mí el toro de Europa
me espere, si yo aquí mas
parare. *Fern.* Ten, dónde vas?
Tac. A un Convento.
Fern. A qué? *Tac.* A la sopa.
Fern. Despues de saber quien es:
para eso hay tiempo. *Tac.* Eso niego,
comamos ántes, que luego
qualquiera cosa es despues.
Fern. Si no sé dónde posar,
dónde he de ir? *Tac.* Perderé el seso:
pesia mi alma, pues por eso
te paras á enamorar?
Aquí á una Dama tan ancha
en ayunas has de hablar?
vas á obligarla á pecar,
ó á sacarla alguna mancha?
Yo en viéndome sin un sueldo,
de enamorar me retiro;
que en ayunas un suspiro
es lo mismo que un regüeldo.
Fern. Aunque el pensar me lo impida,
que es locura, he de saber
quién es la mejor muger,
que he visto en toda mi vida.
Tac. En Madrid, si al rededor
de este barrio vueltas das,
ciento y cincuenta hallarás,
que te parezcan mejor.
No vés, que en esta materia
de qualquier Ciudad de allá
vienen las Damas acá,
como mulas á la feria?
Fern. Pues nada que hacer tenemos,
no he de perder la ocasion.
Tac. Pues si esto es resolucion,
esperemos. *Fern.* Esperemos.
Tac. Y ya que hemos de esperar
miéntras se acaba el Sermon,
no me dirás la ocasion,
que á esto te pudo obligar?
Cómo han sido tus fortunas,
y á qué en Madrid has entrado?
refiéreme tu cuidado,
que aun de eso estoy en ayunas.
Fern. Oye, Tacon, mi desdicha,
ya que es preciso el sabella.
Tac. Pues me desayuno en ella,
dila, y hágote salchicha.
Fern. Ya sabes como en Sevilla
murió mi padre Don Pedro
de Ribera, á quien mi hermana
Doña Ana y yo los trofeos
de su sangre y sus hazañas
heredamos á su aliento,
con mas de cien mil ducados,
que no fué el menor entre ellos.
Yo, que quedé mozo y libre,
rico y noble, y no muy cuerdo,
seguia entre mis locuras
la vana opinion de aquellos,
que piensan que está el decoro
en sobras del lucimiento,
y gastan lo que heredáron
como bien que no adquiriéron.
Pasado el año del luto,
que se pasa recibiendo
pésames, cuentas, cobranzas,
y muchos casamenteros,
eché carrozas, libreas,
galas, dando en el dinero
como si fin no tuviera:
que el que no llenó el talego,
como no le vió vacío,
cree que ha de estar siempre lleno.
Andaba entónces tan vano,
tan necio, loco y soberbio,
que pensaba yo que honraba
al que quitaba el sombrero:
qué necedad! porque en ser
muy cortés un Caballero,
no gasta nada; y en dar
su hacienda á vanos empleos,
gasta el honor, pues se quita
para adelante el respeto,
que al pobre, aunque noble sea,
miran todos con desprecio:
la hacienda hoy es calidad,
la cortesía es un viento,
y el que la excusa por verse
lleno de galas y excesos,

es necio, soberbio ú simple,
pues es, trocando los frenos,
pródigo de lo que es mucho,
de lo que es nada avariento.
De aquellos era yo entónces,
que de mirarlos con ceño
ó sin él, hacen ofensa,
y traen en la vista el duelo.
Esta es graciosa locura,
pues quieren los que hacen esto,
saber lo que el otro calla,
construyéndole el silencio.
Si á mí no me dice nada,
aunque él ofenda allá dentro,
por qué he de hacer yo á mi enojo
la lengua de su secreto?
Demas, de que si él oculta
algun rencor en su pecho,
vano ántes y agradecido,
que ofendido, estarle debo.
Pues si con causa ó sin ella
tiene su enojo encubierto,
ú de temor me lo encubre,
ó lo calla de respeto.
Con esto me hice malquisto
tanto, que ya á los empeños
les sobraba mi ocasion,
porque me buscaban ellos.
Todo el dia era pendencias;
y como, gracias al Cielo,
tambien heredé á mi padre
las manos como el dinero,
siempre yo fuí el retraido,
y los heridos los presos;
que en teniendo un hombre fama
de osado, mata sin riesgo,
porque siempre la Justicia
acude á prender al muerto.
Salí bien de todas ellas,
pero pobre á poco tiempo,
que como de mis delitos
tuvo la culpa el dinero,
tambien él pagó la pena,
y al cabo de todos ellos
quedé libre, pero pobre,
que un mozo rico y travieso
es como lienzo en legía,
que aunque mas se ensucie el lienzo,
se limpia allí, mas tambien
se rompe: yo fuí lo mesmo,
porque miéntras me duró
para lavar mis excesos,
con la legía del oro
quedé limpio y roto á un tiempo.
Cesaron libreas y coche;
no creerás el sentimiento
con que en esta descalcez
entré en los años primeros;
y quando mas lo sentí,
fué quando tras haber hecho
tanto ruido con lacayos
el dia de coche nuevo,
se vió andando á pie, obligada
mi vanidad, por su empeño,
á prevenir de zapatos
papeles para el invierno.
Y esto no fué lo peor,
sino que con el dinero
perdí la comodidad,
pero no el arrojamiento.
Proseguí mis travesuras
de modo, que fuí el objeto
del rigor de la Justicia,
y ya con mas propio riesgo,
que como quedé desnudo,
las heridas del proceso,
en pasando del vestido,
es fuerza entrar en el cuerpo.
De estos forzosos temores
resultó el no estar atento
al cuidado de una hermana
moza, hermosa y con empeños,
en que yo mismo la puse
con mis locos desaciertos.
Pues ella viviendo sola,
y yo en mi retraimiento,
quedó sin guarda mi honor,
y este tan justo rezelo
me llevaba allá las noches,
con temor de algun exceso,
que halló despues mi desdicha.
Pues una noche (aquí el pelo
se me eriza) no te espante,
que este fué el lance primero,
que en mi pecho caber pudo
de veras un sentimiento;

porque á todos los demas
mi condicion (cuyo extremo
es hacer chanza de todo)
nunca dió lugar adentro.
Llevado pues una noche
del cuidado de mis zelos,
entré por la puerta falsa
de un jardin, quando al encuentro,
un hombre que la guardaba,
me salió osado, diciendo:
Caballero, vuelva atrás:
qual se quedaria mi aliento,
mira tú, considerando,
que al ir á mi casa veo
quien, ya como dueño de ella,
me trató con tal desprecio.
Quién lo dice? pregunté:
Quien tiene órden de su dueño
para guardar esta puerta.
Pues yo del mismo la tengo
para saber quien sois vos,
le dixe. Nó la obedezco,
me respondió. Repliquéle:
Pues de otra usaré, que tengo
para mataros, y entrar
y quemar quanto esté dentro.
A esto respondió su espada,
y al ruido de los aceros
salió otro, que dentro estaba,
y contra mí los dos puestos,
me tiraron de lo fino.
Mejoréme yo; mas esto
de pintarte la pendencia,
ya pienso que estoy riñendo,
y no puedo hacerlo á espacio.
Acercábanse, y matélos:
uno cayó sin hablar,
el otro quedó pidiendo
confesion; y yo ofendido,
pasé por encima de ellos
á buscar mi aleve hermana;
y su quarto discurriendo,
en toda la casa hallé
sino de mi voz el eco,
que huyó sin duda el peligro
avisada del estruendo.
Viendo incierta mi venganza,
y tan preciso mi riesgo,
que aunque pudiera salvarme
por lo honrado del empeño,
ya el cúmulo de mis causas
me hallaba sin el respeto
del oro, que fué mi escudo,
ó mis escudos lo fueron,
y que mi hermana tendria
el sagrado de un Convento,
público mi deshonor,
mi venganza sin remedio,
pues tomando lo que pude,
no me la dió entera el Cielo;
á huir se determinó
de mi afrenta mi desvelo;
y hallándote á tí en la calle,
sin referirte el suceso,
del modo que nos hallamos,
sin prevencion ni dinero
nos pusimos en camino,
y hoy en la Corte nos vemos,
sin arrimo, sin amparo,
pobres, sin conocimiento,
sin albergue ni esperanza
de tenerle: esto prevengo,
para, que quando me vés
arrebatado y suspenso
de una hermosura que he visto,
y estando como me veo
desvalido, esta pasion
halla lugar en mi pecho:
tú con tu donayre añades,
para remate del cuento,
á todas estas locuras
lo que me está sucediendo.
Tac. Jesus mil veces! Jesus!
si trayendo ese veneno
en el cuerpo, sin matarte,
ha entrado amor en tu pecho;
digo, que yo no me admiro
de que no rebiente luego
quien bebe agua tras tocino.
Habrá algunos en Toledo,
que te igualen la locura?
Fern. Yo, Tacon, te la confieso.
Tac. Un loco hay, que dice que es
el Papa, y el Rey su suegro,
y que está canonizado
noventa veces: mas esto,

qué

qué va que no pesa tanto
como esto, aunque tenga el peso
una que vende besugos.
Fern. Las locuras que yo he hecho,
todas han sido á este tono.
Tac. Ya, señor, que aquí nos vemos,
tú, que otra vez has estado
aquí, si mal no me acuerdo,
qué barrio es este en que estamos?
Fern. Los Capuchinos son estos
de la Paciencia. *Tac.* Sin duda
se me ha metido en el cuerpo,
pues te he podido sufrir:
Y esta Iglesia? *Al paño Don Diego.*
Fern. El Caballero
de Gracia; y esta la calle
de la Reyna. *Tac.* Estáte quedo,
señor, porque he reparado,
que aquel hombre que está atento,
te ha estado mirando mucho.
Fern. No le conozco, ni pienso
que otra vez le ví en mi vida.
Tac. Acá viene, ponte al sesgo,
por si es algo de cuidado.
Sale D. Diego. Si es él? él es, ó estoy ciego:
pues qué dudo? él es sin duda.
Fern. Mandais algo, Caballero?
Diego. En la voz le he conocido:
Don Lope amigo? *Tac.* Qué es esto?
Diego. Sin avisarme, en Madrid
Don Lope de Lujan? Cielos!
Tac. Tú lo eres, por si es pulla.
Fern. Hablais conmigo?
Diego. Eso es bueno:
al cabo de catorce años,
que os juzgué en las Indias muerto,
sin haber á vuestro padre
dado aviso en tanto tiempo;
habiendo ahora venido
con tan ingrato silencio,
os quereis disimular?
Fern. Caballero, no os entiendo.
Diego. Pues no teneis que encubriros,
fiado en lo que habrán hecho
los años, que aun hoy estais
como os fuisteis, vive el Cielo;
y quando vuestro semblante
no os manifestara, el eco
de vuestra voz no pudiera
engañarme: Venís bueno?
Fern. Qué es esto, Tacon? *Tac.* Rey mio,
da usted de almorzar con eso?
porque estamos en ayunas,
y el cómo se da comiendo.
Fern. Mirad que estais engañado.
Diego. Don Lope amigo, qué es esto?
no le deis á mi memoria
tal desagradecimiento:
mirad que á tiempo venís,
que vuestro padre Don Pedro
ha heredado á vuestro tio,
y tiene solo en dinero
mas de ochenta mil escudos.
Tac. Ay Dios! luego es muerto el viejo?
dadme un abrazo en albricias.
Fern. Tente, qué haces, majadero?
Tac. Qué he de hacer? mi amo es D. Lope,
señor, que lo está fingiendo,
porque viene por la posta,
y quiere estar encubierto
hasta que llegue la ropa,
por no ir á su padre en cueros.
Diego. Pues yo no le he conocido?
Tac. Claro está; no se está viendo,
que es Lope hasta las entrañas?
Diego. Dadme los brazos.
Fern. Qué es esto?
Tac. Hombre del diablo, qué quieres,
ya desbuchado el secreto?
si saben que ya eres Lope,
qué sirve hacerte Lorenzo?
Diego. Don Lope, por vuestra vida,
no dilateis el consuelo
á vuestro padre, que juzgo
que le haga mozo el contento:
mas esperad, que á la vuelta
de aquella calle le dexó,
y quiero ir por las albricias:
no os vais, por Dios, q̃ ya vuelvo. *Vase.*
Tac. Señor? *Fern.* Qué dices, Tacon?
Tac. Que nos viene á ver el Cielo
con ochenta mil ducados;
fíngete este Indiano muerto.
Fern. Pues, loco, cómo es posible?
Tac. Pues en esto hay algun riesgo?
tú eres á él tan parecido,

que dice, que aun en el eco
de la voz eres el mismo:
de este caso hay mil exemplos,
que han sucedido en el mundo.
Fern. Pues si yo darle no puedo
razon de ninguna cosa
de su casa, aunque me veo
de modo que lo intentara,
á poder tener efecto,
siquiera para albergarme
hasta encontrar algun medio
de vivir; cómo ha de ser?
Tac. Pues para qué es el ingenio?
hay mas de decir que vienes
cansado, y que te hagan luego
la cama, y comer muy bien,
y cenar del tenor mesmo;
y si te preguntan algo,
en hallándote en empeño
dar respuestas generales,
y suspenderlos con esto
por hoy, hasta que mañana
busquemos otro remedio?
Comámosle de una vez
medio lado á aqueste viejo,
que no es bodegon su casa,
que han de pedirnos dinero,
y aunque se sepa el engaño,
señor, cerrémos con ellos,
que audaces fortuna juvat.
Fern. Quieres creer que no me atrevo?
que yo de poder me holgara.
Tac. Pues vés aquí un bravo cuento:
vamos y ahitémonos hoy,
que si se supiese luego,
nos llevará á un hospital,
y allá tambien comerémos.
Fern. No te canses, que es locura:
qué me miras? *Tac.* Te estoy viendo:
vive Dios, que eres Don Lope,
y tú no te acuerdas de ello.
Fern. Calla, que ya se ha acabado
el Sermon, y van saliendo
las mugeres de la Iglesia.
Tac. Ahora acuérdas con esto?
mas Sermon de Capuchino
suele ser largo. *Fern.* Ya veo
á la Dama que esperaba.
Tac. O! lleve el diablo sus huesos,
yo apostaré que por ella
aqueste lance perdemos.
Salen Doña Ines y Leonor con mantos.
Ines. Tápate, Leonor, que aquí
aun está aquel Caballero,
que nos siguió hasta la Iglesia.
Leon. Galan es. *Ines.* Y muy discreto,
que nos dixo dos donayres
de buen gusto y muy á tiempo.
Fern. Yo quiero llegar á hablarla.
Tac. Que haya hombre que tenga aliento
de enamorar en ayunas!
yo no he acertado requiebro
en mi vida, hasta tomar
aguardiente por lo ménos.
Fern. Señora, por una prenda
que me habeis llevado, espero
desde que os dexé en la Iglesia.
Ines. Prenda yo?
Fern. Y de mucho precio.
Ines. Quál es la prenda? *Fern.* Los ojos,
que me habeis dexado ciego.
Tac. Es cierto, y por eso tienta.
Ines. No creais que yo os los llevo.
Tac. Mire usted bien en la manga.
Ines. Bien sé que yo no los llevo.
Tac. Yo veo uno. *Ines.* Pues no hay otro.
Tac. No es muy malo, que en efecto
mas vale tuerta que ciega.
Fern. Daréis licencia al deseo
de que os diga á dónde están?
Ines. Todo será perder tiempo,
Tac. Y usted me dará un oido
que me lleva? no habla? bueno;
yo sin oido estoy sordo,
usted muda, mi amo ciego:
con que ciego, sordo y mudo,
entre todos tres hacemos
el diablo de la Quaresma.
Leon. Muy mú mús.
Tac. Pues qué es esto?
habló el buey, y dixo mú.
Ines. Para el agradecimiento
de esa voluntad, que acaso
fingís, basta en mí el exceso
de escucharos en la calle,
que yo no acostumbro hacerlo;

y

y os ruego que aquí os quedeis,
que no soy muger que puedo
ir de nadie acompañada:
ven, Leonor. *Fern.* Podré á lo ménos
seguiros, para saber
en qué casa el alma dexo?
Ines. El que la sepais ó no,
no os será de algun provecho:
haced lo que os diere gusto.
Tac. A quién, digo, seguirémos?
Leon. Seguir á quién? *Tac.* A ese brio.
Leon. Sígale, mas es mal pleyto. *Vanse.*
Fern. Yo he de ir tras ellas, Tacon.
Tac. Estás loco? vive el Cielo,
que echan un tufo á doncellas,
que penetra hasta los sesos.
Fern. Voy, no las pierda de vista. *Vase.*
Tac. Señores, el Caballero
del Febo era patarata
con este hombre; el juicio pierdo:
habrá en los nominativos
caso como este? Mas, Cielos,
el que hizo á mi amo Lujan,
que es Maestre, á lo que pienso,
de la Orden de Lujanes,
se viene hácia mí derecho;
y un viejo de poco acá,
que no ha tres dias que es viejo,
Don Pedro se ha de llamar;
por si importa estoy en ello.
Salen D. Pedro Luj. Barba, y D. Diego.
Diego. Aquí le dexé ha un instante.
Pedro. Estoy loco de contento:
mi hijo Don Lope está vivo?
Diego. Este es el criado. *Tac.* A ellos.
Pedro. Amigo, servís á Lope?
Tac. Qué modo de hablar es eso?
servís á Lope? qué es Lope?
tengo yo semblante ó gesto
de criado de Poeta?
Pedro. No me entendeis?
Tac. Ya lo entiendo;
mi amo no es Lope, Rey mio.
Pedro. Pues por qué respondeis eso?
Tac. Porque mi amo es Don Lope
de Lujan, mas Caballero,
que el Caballero Danzado.
Pedro. Pues dadme los brazos luego,
amigo, que es mi hijo Lope.
Tac. Qué escucho! vos sois Don Pedro
de Lujan? *Pedro.* Sí, amigo mio.
Tac. Los pies mil veces os beso.
Pedro. Dónde se ha ido mi hijo?
Tac. Aquí volverá al momento:
que vos sois su padre? *Pedro.* Sí.
Tac. Quereis creer que aun no lo creo?
Pedro. Pues eso dudas? *Tac.* Su padre?
Pedro Pues por qué no lo parezco?
Tac. Eso como un huevo á otro.
Pedro. Pues yo lo digo, no es cierto?
Tac. Si vos fuérades su madre,
no pusiera duda en ello.
Pedro. Cómo Lope no me ha escrito?
Tac. Aquí va perdido el cuento. *ap.*
Pedro. Y al cabo de tantos años,
que ha que noticia no tengo
de él; por qué quando ha venido,
no fué á apearse al momento
á mi casa? *Tac.* Ya dí en ello, *ap.*
alúmbreme Dios con bien:
la hambre el discurso me ha vuelto.
Pues no sabeis lo que pasa?
Pedro. Yo, no. *Tac.* Alábenme el ingenio.
Milagro de Dios es, que hoy
tengais hijo de provecho,
porque él de vos no se acuerda,
de sus padres ni sus deudos,
ni aun de sí; y sino es por mí
á Madrid no hubiera vuelto.
Pedro. Pues por qué?
Tac. Yo ha que le sirvo,
(si habrá) once meses y medio,
porque viniéndome á España,
lo topé en la Habana enfermo.
Pedro. De qué? *Tac.* Del mal mas terrible;
oigan que es raro el suceso.
A él le dió una perlesía,
y de ella resultó luego
un mal, que manía se llama,
de quien refiere Galeno,
que quita la voluntad,
memoria y entendimiento:
él lo perdió todo junto;
mas como traía dinero,
que él ha estado en Filipinas,
aunque no se acuerda de ello,

y allá dicen que hizo cosas,
y treinta y dos mil progresos,
con muy grande bizarría;
(no ha pasado Caballero
mas galante á Nueva España,
desde que allá llegó el Credo)
se curó en fin, porque allí
seis Médicos le asistiéron
de Cámara. *Pedro.* Qué decís?
de Cámara? *Tac.* Bueno es eso,
tambien hay Cámara allá.
Pedro. Proseguid. *Tac.* Sanó en efecto,
y á fuerza de medicinas
restauró el entendimiento;
mas la memoria voló,
tanto, que fué fuerza luego
enseñarle á escribir, leer,
y hasta el mismo Padre nuestro,
y su nombre, que tambien
se le olvidó: á compañero
ni amigo no conocia;
pues sus padres, volaverunt;
todo el humor radical
se le salió de los sesos:
y en fin, perdió la potencia
redonda. *Pedro.* Válgame el Cielo!
Tac. No la de padre, que ya
pienso que tendreis un nieto.
En fin, yo con las noticias
que sus amigos me diéron,
supe que era de Madrid
Don Lope, hijo de Don Pedro
de Lujan, y preguntando
por vos, de Sevilla vengo
informado de este barrio,
donde conocidos vuestros
me han guiado, que Don Lope
tambien se fuera á Marruecos
si se lo dixera yo.
Pedro. Qué se olvidó de sí mesmo?
Tac. Para firmar me pregunta
cómo se llama. *Pedro.* Y remedio
no habrá para aquese mal?
Tac. Dicen que sí, con el tiempo.
Pedro. Pues aunque toda su hacienda
se gaste al instante en ello,
le he de curar, si es posible.
Tac. Clavéla de medio á medio. *ap.*
Diego. De todo quanto os ha dicho
es el testigo mi encuentro,
pues ni aun á mí me conoce.
Pedro. Raro mal? *Tac.* Es sin exemplo.
Pedro. Qué remedio le aplicáron?
Tac. El mas eficaz remedio,
es darle á comer muy bien,
y mucho, porque el cerebro
con vapores regalados
se le vaya humedeciendo.
Sale Don Fernando.
Fern. Ya sé la casa: en mi vida
ví mas hermoso portento.
Tac. Este es Don Lope. *Pedro.* Hijo mio?
llega á abrazarme al momento:
él es en talle y semblante. *ap.*
Fern. Con quién hablais, Caballero?
Tac. Mire usted si monda olvidos.
Pedro. Yo soy tu padre Don Pedro.
Fern. Yo no os he visto en mi vida.
Tac. No os lo dixe? miren esto.
Pedro. Qué no te acuerdas de mí,
hijo mio? *Fern.* Ni me acuerdo
de vos, ni sé qué decís.
Pedro. Raro mal! *Tac.* Es sin exemplo.
Pedro. Yo soy tu padre.
Fern. Qué padre?
Tac. Es como hablar adefesios:
el mal que le dió es tan fuerte,
que quedó el buen Caballero
sin adarme de memoria.
Pedro. Hijo, si ha querido el Cielo
que la memoria perdieses,
yo con mi amor te la vuelvo:
conóceme, pues desde hoy
entro á ser padre de nuevo.
Tac. Este, señor, es tu padre,
acuérdate. *Tírale de la capa Tacon.*
Fern. Este es enredo *ap.*
de Tacon; rara agudeza!
yo la he de esforzar con esto.
Señor, yo no sé quien es
mi padre, y así no os creo.
Pedro. Pues no basta saber yo,
que eres mi hijo? *Fern.* No por cierto,
que pues padre no conozco,
me importa saber primero
quién es quien me hace su hijo.

Pedro. Pues quién pudiera emprenderlo,
sino es quien fuera tu padre?
Fern. Pues cómo puede ser eso,
si no os he visto en mi vida?
Pedro. Tu olvido causa ese efecto.
Tac. Pues claro es, que es el olvido:
mas se han clavado con esto: *ap.*
Padre hay ya para diez años;
y si el hijo verdadero
no viene, para heredarle.
Fern. Pues cómo yo he de saberlo?
Pedro. Pues tampoco no me crees?
Tac. Lo peor de todo es eso:
en los Artículos solo
he gastado mes y medio
de licion, porque los crea.
Pedro. Lope, hijo, yo soy Don Pedro
de Lujan; tú de mi hacienda
y de mi casa eres dueño,
todo quanto tengo es tuyo.
Fern. Muy bien me está á mí el creerlo,
mas yo no lo sé, por Dios.
Pedro. Tu rostro lo está diciendo,
que aun lo veo en mi memoria,
como lo dexaste impreso.
Fern. Pues, señor, dadme los pies.
Pedro. Los brazos y el alma en ellos
te daré: vamos á casa.
Diego. No os acordais de Don Diego
Osorio, tan vuestro amigo?
Fern. Todo me parece sueño.
Pedro. Efecto del mal ha sido.
Tac. Claro está, que ha sido efecto.
Pedro. Vamos á casa, hijo mio,
no este gusto dilatemos
á tu hermana.
Fern. Tengo hermana?
Diego. Teneis un Angel del Cielo
por hermana, y tambien de ella
os olvidais? *Tac.* Eso es bueno:
pues ha de acordarse de ella,
si se olvida de sí mesmo?
Pedro. Rara enfermedad!
Tac. Muy rara.
Pedro. Ven y sabe, que Don Diego
será su esposo y tu hermano.
Fern. De tal ventura me alegro.
Pedro. Sí, hijo mio, anda acá, vamos:
yo voy loco de contento.
Vanse Don Diego y Don Pedro.
Tac. Señor, qué dices del caso?
Fern. Que me ha admirado tu ingenio,
pues lo has dispuesto de modo,
que el cogerme á mí de nuevo
tu industria, lo ha acreditado,
y me dá salida de ello,
pues con haberlo negado,
quedo bien en qualquier tiempo. *Vase.*
Tac. Yo voy á hartarme de pavos:
qué es pavos? viven los Cielos,
que me han de traer capones,
pollas, tortas, y á este viejo
le he de hacer con la memoria,
que pierda el entendimiento. *Vase.*
*Salen Doña Ana con vestido humilde,
y Lainez vejete.*
Ana. Esta, Lainez, ha de ser la casa.
Lain. Si usancé de aquí pasa,
no la puedo seguir, que estoy molido:
basta el haber venido
siguiendo á vusancé desde Sevilla
á Madrid, sin traerme por la Villa
como Cartero, preguntando casas,
que vengo echando brasas
de los pies, por mi vida.
Ana. Yo siempre agradecida,
Lainez, le estaré de la fineza,
que su honrada nobleza,
á haberle yo elegido
para que me acompañe, me ha movido.
Lain. Eso nobleza? mas de alguna gorra
me tiene á mí respeto en Calahorra.
Ana. Ah Cielos! quién pensara,
q̃ deste modo yo en Madrid me hallara,
y que pudo Doña Ana de Ribera
llegar de esta manera
á tener, desgraciada,
por dicha el ser criada
de quien dudando estoy que me reciba!
Mas si mi suerte esquiva
permitió que mi hermano
encontrase en mi casa á quien la mano
me habia dado de esposo,
y que viese furioso
primero los indicios de su agravio,
que pudiese mi labio

darle satisfaccion, diciendo que era
quien honrarme pudiera,
siendo ya mi marido
Don Lope de Lujan, recien venido
de las Indias á España,
el que encontró, y con furia tan extraña
dexó muerto ú herido,
porque de él no he sabido
desde la infeliz noche, que al estruendo
del riesgo salí huyendo:
sin duda, pues no pudo mi noticia
descubrirle, ó es muerto, ó la Justicia
le ha preso, el menor mal es q̃ sea cierto,
pues quedo sin honor, si acaso es muerto.
Por las noticias que él me habia dado
de quien era su padre, me he arrojado
á venir á Madrid, donde es preciso,
que de si es muerto ó no, venga el aviso;
y por saber en todo lo que pasa,
he buscado su casa,
que me dicen q̃ es esta: aquí á su hermana
vengo á buscar: ah infeliz Doña Ana!
quién á mí me dixera,
que con temor me viera,
como me veo aquí de desgraciada,
de que otra me reciba por criada!
Pero ya de allá dentro
sale gente al encuentro:
Lainez, vaya, espéreme en la calle.

Lain. Pues ya yo de dormirme tenia talle:
ha estado acaso usancé hasta ahora
en oracion mental?

Ana. Una señora,
que busco, sale ya, váyase luego.

Lain. Que no se tarde vuesancé la ruego,
y no me haga esperar con este frio,
que yo no tengo nada de Judío. *Vase.*

Salen Doña Ines y Leonor.

Ines. Leonor, galan forastero!

Leon. Y el pícaro del criado,
qué agudo y qué redomado!
por estos hombres me muero.
Hay cosa como escuchar
una muger á un discreto
en cada voz un concepto?
estos hombres se han de amar,
que cada dia hallarás
en él gala diferente,
y el que es galan solamente,
es para un dia no mas.

Ines. Que me dexó, te confieso,
su discrecion inclinada;
mas una muger honrada,
pasar de aquí fuera exceso.
En la que su honor prefiere
á su deseo, este amor
ha de ser como la flor,
que en un dia nace y muere.

Leon. Yo tambien mi honor prefiero,
y muere tambien mi amor
en un dia como flor,
pero la huelo primero.
Y en efecto, ha de morir
este amor?

Ines. Fuerza ha de ser,
si no he de volverle á ver.

Leon. Y al verle? *Ines.* No sé decir
lo que haré; el riesgo presente
la que es honrada desprecia,
que quien mas promete es necia,
pues al tiempo la desmiente:
Mas quién está aquí?

Ana. Señora,
una muger desdichada
soy, del blason informada,
que vuestra casa atesora.
Un riesgo me ha sucedido,
que contra mi honor resulta,
y habiendo de estar oculta,
vuestro sagrado he escogido.
Mi propia resolucion
mi peligro da á entender,
pues no lo puedo emprender
sin tener grande ocasion;
quando ni soy conocida,
ni tengo en peligro tanto
mas abono que mi llanto:
mirad pues siendo entendida,
si es mi mal harto cruel,
pues sin abono ú favor,
sé que pretendo un error,
y he atropellado por él.
En lo que os sabré servir,
miéntras mi estrella fatal
dispone enmienda á mi mal,
podeis, señora, advertir,

al

al tratar vuestros despojos
quién soy yo, que mi pesar
ahora no os puede dar
mas testigos que mis ojos.
Ines. Alzad, señora, del suelo,
que vuestro hermoso semblante
de quien sois prueba es bastante;
y pues vuestro desconsuelo
de mí se viene á valer,
no os faltaré, que aun aquí
puedo yo temer de mí
lo mismo, siendo muger.
En mi quarto recogida
podeis estar, hasta que
mi padre licencia dé,
que es justo que se la pida.
Ana. El logro os dé amor, señora,
que vuestra hermosura espera.
Leon. Si es esta carantoñera
de las que se usan ahora,
que entran con arengas tales,
para llevarse un vestido
debaxo de otro escondido,
como zapatos papales?
Y qué sabrá hacer usté,
si se compone la fiesta?
Ana. En una casa como esta,
quanto se ofrezca sabré.
Leon. Y cómo ha nombre? *Ana.* Lucía.
Leon. Es la que salió al corral?
Ana. De todo he salido mal.
Leon. Pues esta muy bien salia:
mas señora, mi señor.
Ines. Entraos á mi quarto pues,
hasta que os llame despues.
Ana. Espero vuestro favor.
Leon. Venga sin miedo. *Ana.* Me espanta
en todo la suerte mia.
Leon. Pues á fe, que la Lucía
no tiene ojos para santa. *Vanse.*

Salen D. Pedro, D. Fernando, D. Diego y Tacon.

Pedro. Entra, Lope, á ver á Ines,
que es tanto el contento mio,
que divertido en mirarte,
en llegar me he detenido:
él es mi mismo retrato.
Ines. Válgame el Cielo! qué miro?
mi padre y el forastero
aquí con tal regocijo?
Pedro. Ines, abraza á tu hermano:
Lope es el que vés. *Fern.* Qué miro?
Tacon, esta es la tapada
de la Iglesia. *Tac.* Bueno, lindo:
eso es huevos y torreznos.
Pedro. Cómo está tu amor remiso?
no le llegas á abrazar?
Ines. Señor, como no le he visto
otra vez, porque él se fué
siendo yo niña, esto ha sido
extrañeza del recato.
Fern. Yo soy, señor, el remiso:
dadme los brazos mil veces,
que el alma y el alvedrio
os doy en ellos. *Tac.* Y cómo?
señores, quién habrá visto *ap.*
hombre con tanta ventura,
que el abrazar sin peligro
pueda á su Dama, delante
de su padre y su marido?
Fern. Pues cómo con tal tibieza
me recibes? *Ines.* No ha podido
tan de repente con vos
entrar de hermano el cariño.
Pedro. El irá entrando despues:
alegraos ahora, hijos.
Don Diego, vamos los dos,
que es menester prevenirnos
de regalos para Lope.
Tac. Tráiganle mucho tocino,
que lo come bravamente.
Diego. Señora, el parabien mio
recibid de la ventura.
Ines. Yo como tal le recibo.
Pedro. Despues Lope os le dará
en siendo de Ines marido:
venid conmigo, Dón Diego.
Fern. Esto es malo, vive Christo.
Tac. Pues no es peor para el otro?
Pedro. Ines, ve tú á prevenirlos
el quarto. *Ines.* Ya te obedezco.
Fern. Señor, espera. *Tac.* De olvido
es menester algo aquí.
Fern. Ha señor? *Pedro.* Qué dices, hijo?
Fern. Cómo se llama mi hermana?
Pedro. Ines. *Vase.*

Fern. Ha, sí, Ines, me olvido
facilmente. *Ines.* Qué me quieres?
Fern. Entrar adentro contigo,
y que vuelvas á abrazarme.
Ines. Hermano, interes es mio:
toma los brazos y el alma.
Tac. Aprieta, pléguete Christo,
pues tienes dispensacion.
Fern. Me quieres mucho? *Ines.* Te estimo
como hermano.
Fern. Y no mas de eso?
Ines. Pues qué mas? *Fern.* Yo soy mas fino.
Ines. Pues por qué?
Fern. Porque te quiero::-
Ines. Cómo? *Fern.* Como á dueño mio.
Ines. Pues yo á tí::-
Fern. Cómo me quieres?
Ines. No sé explicar mi cariño;
porque ántes que como hermano,
como galan te habia visto.
Fern. Pues quiéreme de ese modo,
que á mí me pasa lo mismo.
Ines. No puede ser. *Fern.* Por qué no?
Ines. Porque este amor es distinto.
Fern. Truécale tú. *Ines.* Cómo puedo?
Fern. Como yo lo hago contigo.
Ines. Y á qué fin? *Fern.* Al de quererte.
Ines. Tiene eso mucho peligro.
Fern. Pues en qué?
Ines. Vamos, Don Lope.
Fern. Entra pues, que ya te sigo:
qué linda hermana que tengo!
Ines. Jesus, qué hermano tan fino!
Tac. Bien puedes enamorarla,
que todo entra en el olvido.

JORNADA SEGUNDA.

Salen D. Fernando y Tacon de gala.

Fern. Fingir mas no he de poder,
que es muy de veras mi amor.
Tac. Por San Francisco, señor,
que no lo eches á perder:
mira aquí quán bien tratado,
rico, galan y lucido
te traen, ayroso y vestido,
y ahito de regalado;
quando ayer los dos nos vimos
muertos de hambre y desdichados,
tan de los Desamparados,
que sarna tener pudimos.
Fern. Si sé que Ines me querrá,
no es lo mejor declararme,
y logrando esto casarme?
Tac. Sabes si el viejo lo hará?
y quando hacerlo le quadre
(que yo en pensarlo me alegro)
para qué has de hacerle suegro,
si le tienes suegro y padre?
Fern. Yo no puedo reprimir
lo que á Ines el alma adora.
Tac. Señor, que no es tiempo ahora,
porque lo has de destruir:
cierto, que eres desalmado.
Fern. Yo? *Tac.* Despreciar por los dos
el bien que nos hace Dios,
no es grandísimo pecado?
Teniendo mesa tan buena,
quieres perderla atrevido?
ya un pecado has cometido
en la Bula de la Cena.
Tú no te estás divertido
todo el dia con tu Ines?
no la enamoras despues
con la capa del olvido?
ella nos da á todas horas
de quererte testimonios?
Pues hombre de los demonios,
quieres arrope de moras?
Fern. No vés, que su padre está
sus bodas apresurando
con Don Diego, y no sé quándo,
segun la priesa se da
para matarme, serán?
Tac. Pues tú, que podrás, no es llano,
estorbarlo como hermano
mejor que como galan?
Porque el engaño está urdido
con empeño y con rescate,
pues qualquiera disparate
lo atribuyen al olvido:
Fern. Quando lo pueda estorbar
(pues eso es fácil de hacer)
qué salida ha de tener
mi amor, ó en qué ha de parar?

Tac. Procura tú con cuidado
una ocasion. *Fern.* Y al tenerla?
Tac. Procurar enternecerla
á cuenta de lo olvidado:
y como el daño se vea,
en tomando posesion,
entra la declaracion,
quando el viejo la desea.
Fern. Que durar puede, haces cuenta,
mucho el engaño á ese tono.
Tac. Qué, el padre? yo te lo abono
hasta el año de noventa.
Fern. Y si sucediese, que
venga el hijo verdadero?
Tac. Mas hijo entónces te infiero.
Fern. Cómo? *Tac.* Yo te lo diré:
Quando este mozo se fué
de aquella edad que tenia,
contigo se parecia
tanto como ahora se vé.
De un retrato que quedó
aquí de él, á tí han sacado,
que ellos bien se han engañado,
porque me he engañado yo.
Catorce años de mudanza,
que ha que este mozo ha partido,
ya le habrán desparecido;
con que tú la semejanza
tienes de aquel parecer,
que dexó á todos acá;
y él, que con otro vendrá,
se le han de desconocer:
con que á tí te harán regalos,
y á él le enviarán á Pavía,
y si en ser hijo porfía,
le han de derrengar á palos.
Fern. Si él da señas, su aprehension
no es forzoso que se tuerza?
Tac. No vés, que tienen mas fuerza
los ojos que la razon?
porque con lo parecido
tiene el viejo tal debate,
que ha tragado un disparate
tan grande como un olvido.
Fern. Qué te ha pasado hoy con él?
Tac. Ya te lo voy á decir,
que es cosa que hará reir
al Rey Don Pedro el Cruel:
Lastimado él de tu olvído,
dolor que al alma le apunta,
de Médicos hizo junta
en casa de un conocido.
Para Relator á mí
del caso allá me llevó,
entré en la tal casa yo,
y dando con ellos, ví
tres hombres en un salon
rucios, pues ya encanecian,
cuyas barbas parecian
cortaderas de turron.
Propuesto el caso de espacio
de tu olvido, el parecer
de uno fué, no puede ser;
y otro dixo, est implicacio:
Cómo implicacio? á los dos
dixo el viejo puesto en medio:
usted mire si hay remedio,
que ello es verdad, juro á Dios,
y háganle alguna receta.
Dixo uno, hoc est insania:
yo dixe, ni es Ananía,
ni Azaría ni Profeta.
Dixo otro desde el cadalso:
Tal mal no es posible que haya;
si hubiera demencia, vaya;
mas sine demencia, es falso.
Otro (aquí mi risa viene)
muy panzudo entre los dos,
dixo entre regüeldo y tos,
en aprendiendo retiene?
No señor, respondí yo,
que aun á veces se ha olvidado
de mí que soy su criado:
él las cejas estiró,
y dixo: échenle en las ollas
mas verdura, y desde aquí
coma leche; y respondí:
no la come sino en pollas.
Fuéron los tres con licencia
á consulta, esto fué vicio,
que al verlos perder el juicio,
perdió el viejo la paciencia.
Y arrojando un juramento,
dixo: váyanse á una noria:
cómo han de curar memoria
hombres sin entendimiento?

Fuí-

Fuímonos, con que tu olvido,
miéntras es mas imposible,
lo tiene él por mas creible
en fe de lo parecido.
Con que si no te regala,
ó hace algo que no te quadre,
puedes olvidar que es padre,
y enviarlo noramala.
Fern. El viene. *Tac.* Pues atencion
al nombre, que me he mudado.
Fern. Cómo es? *Tac.* Cerote: cuidado,
que ingrediente es del Tacon.

Sale Don Pedro.

Pedro. Cada vez que á Lope dexo,
vuelvo á verle con dolor:
qué haces, Cerote? *Tac.* Señor::-
gran memoria tiene el viejo.
Pedro. No hallan remedio á este daño
los Médicos. *Fern.* Quién entró?
Pedro. Pues no has visto que soy yo?
hay olvido mas extraño!
Tac. Tu padre es.
Fern. O padre mio!
Pedro. Hijo, quieres que salgamos?
elige tú donde vamos:
quieres al prado ó al rio?
Fern. Qué decís?
Pedro. Que te esperaba.
Fern. Vamos á comer si es hora.
Pedro. Pues no hemos comido ahora?
Fern. Es verdad, no me acordaba.
Pedro. Vióse tan notable exceso!
Hijo, á darme penas vienes.
Tac. Bien haya el alma que tienes:
olvídate mucho de eso.
Pedro. Quieres comer?
Tac. Dí que si.
Fern. Pues para qué si lo digo?
Tac. Cuerpo de Christo conmigo
olvida algo para mí.
Fern. Donde quisieres los dos
podemos, señor, salir,
que yo no puedo elegir
donde estuviéredeis vos.
Pedro. Ines viene aquí, sepamos
si ella tambien salir quiere,
y á la parte que escogiere
podemos ir juntos. *Fern.* Vamos.

Salen Doña Ines y Leonor.

Ines. Leonor, ya temblando voy
de mi loco desatino,
que yo tambien imagino,
que me olvido de quien soy.
Yo tengo amor tan tirano
á mi hermano, que le adora
mi fe. *Leon.* No es mucho, señora,
que es muy buen mozo tu hermano.
Ines. Aquí están mi padre y él;
yo he de perder el sentido,
si de este amor no me olvido.
Tac. Señor, aquí entra el papel
entáblale desde ahora
lo que despues has de hacer.
Fern. Qué hermosísima muger!
es de casa esta señora?
Pedro. Jesus, qué gran desatino!
no vés que es tu hermana Ines?
Fern Perdóname, hermana, pues
que tan bella te imagino,
que no pienso que es verdad,
siempre que te llego á ver,
que siendo hombre, pueda ser
hermano de una Deidad.
Pedro. Qué cortesano y qué atento
se disculpó!
Tac Aquesto es gloria.
Pedro. Lo que perdió de memoria
le creció de entendimiento:
del dolor llevar me dexo
quando el alma lo imagina.
Tac. Miéntras él mas desatina,
mas lo va creyendo el viejo.
Pedro. Hijo, de ese olvido en tí,
qué siente tu entendimiento?
Fern. Yo, señor, bueno me siento,
y nada me aflige á mí.
Pedro. Aunque es tanta pena el verle,
esto me alivia tambien.
Tac. Miéntras él comiere bien,
no tiene usted que temerle.
Ines. Señor, del mal de mi hemano
yo he inferido (á Dios pluguiera, *ap.*
que nunca mi hermano fuera,
para ser mi amor en vano)
nada con el tiempo dura,
y que tendrá cura siento.

Tac.

Tac. Pues hágase el casamiento,
y verán qué presto hay cura.
Pedro. El, si dexa de mirar
á uno, si no hay quien le acuerde,
aquellas especies pierde,
y no las vuelve á cobrar:
Tú, si allá tuviste cuenta,
de qué el Médico infirió,
que las especies perdió?
Tac. De navegar con pimienta.
Pedro. De eso el mal le daria allí:
mas cómo este mal le dió?
Tac. Eso es lo que no sé yo.
Fern. Señor, qué hacemos aquí?
nos quedamos hoy sin Misa?
Pedro. Misa á las tres de la tarde?
Tac. Yo pienso, así Dios me guarde,
echarlo á perder de risa.
Pedro. Hija, quédate con él,
que temo que me ha de dar
un gran mal de este pesar:
Hay delirio mas cruel!
de gastar mi hacienda trato;
y por no ver lo que pasa,
he de traer á mi casa
todo el Proto-Medicato. *Vase.*
Fern. Vase mi padre enojado,
ó he hecho algun desvarío?
Ines. No es enojo, hermano mio,
que ántes se va lastimado.
Fern. Pues sentémonos tú y yo:
ven, hermana, que contigo
tengo yo el Cielo conmigo:
quieres? *Ines.* Digo yo que no?
Fern. Ven, pues.
Ines. Que permita el Cielo,
que á esta tan loca pasion
dé mi hermano la ocasion!
que me he de perder rezelo.
Fern. Qué lindas manos que tienes!
hase visto tal blancura?
lo mejor de tu hermosura
son ellas.
Ines. Siempre tú vienes
lisonjero (ay ansias mias!)
Fern. Besártelas no resisto.
Tac. Si esto haces, pleguete Christo,
por qué pides gollerías?
Fern. No será bien que los dos
en enamorar nos demos?
Ines. Pues siendo hermanos podemos?
Fern. Qué dices? valgame Dios!
es tanto lo que te quiero,
que cada vez que me olvido
de que tú mi hermana has sido,
al oírtelo me muero.
Ines. Dexa esa aprension tan vana.
Fern. Este olvido es gran rigor.
Inés. No se te olvida el amor,
y se te olvida lo hermana?
Tac. No has oido una coplilla
de Gil, que eso contradice,
pues le culpas.
Ines. Y qué dice?
Tac. Escucha la redondilla:
Dí, por qué no das un medio
que remedie tu pesar?
era el remedio olvidar,
y olvidósele el remedio.
Fern. A la culpa que me impones,
con ella he de responderte;
oye, que satisfacerte
quiero en las mismas razones:
Entre el corazon flechado,
y la memoria perdida,
una qüestion se ha formado;
él te quiere, ella te olvida,
con que la lid se ha trabado:
El corazon dice pues
que hay un medio, que es remedio;
y ella le arguye despues:
Si un medio el remedio es,
dí, por qué no das un medio?
El medio es, que el corazon
que eres mi hermana se acuerde;
mas siendo de ella esta accion,
la memoria que te pierde,
le da luego esta razon.
No es medio para tu fuego,
que yo lo llegue á acordar;
pues si te quito el sosiego,
has menester otro luego,
que remedie tu pesar.
Viendo el daño la razon
de fuego tan encendido,
en tan injusta pasion,

sien-

siendo culpado el olvido,
riñe solo el corazon.
El dice, yo qué he de hacer?
la memoria has de culpar,
que temiéndome ofender,
pensó que para querer,
era el remedio olvidar.
La razon condeno luego,
que la memoria en la fragua,
á costa de mi sosiego,
eche del acuerdo el agua
para apagar este fuego.
Aunque perdiese mi gloria,
si executase este medio,
fuera mi salud notoria;
mas faltóme la memoria,
y olvidóseme el remedio.

Ines. Este no es discurso, Cielos, *ap.*
que sin memoria se hace,
la duda me satisface,
pero me da mas rezelos.

Tac. Leonor, quieres que hermanemos
los dos tambien?

Leon. Para qué?

Tac. Para qué? pues no se vé?
porque nos enamoremos.

Leon. Luego enamoran tambien
los dos? pues no es grave error?

Tac. Pues con fraternal amor
no pueden quererse bien?

Leon. Jesus! pues no los atajas?
y aun por eso he reparado,
que está tan embelesado
Don Lope.

Tac. Pues ella, pajas.

Leon. Yo he de estorbarlo, no meta
el diablo algun medio en esto.

Tac. Déxalos tú, que el incesto
no le toca á la alcahueta.

Leon. Señora, aquella criada
se ha de estar siempre escondida?

Ines. Ha, sí, Lope, por tu vida
me hagas un gusto.

Fern. Enojada
dexas á mi obligacion:
tú pedirme has menester
lo que por tí debo hacer?

Ines. Yo te estimo la atencion:
Yo recibí una criada,
porque sabe hacer mil cosas
de las que se usan curiosas,
es discreta y muy honrada,
y gustaré de tenella;
quiero que, si no te olvidas,
licencia á mi padre pidas,
que no me atrevo sin ella.

Fern. Cierto, Ines, que me has corrido:
de eso estás embarazada?
venga luego esa criada,
dí que yo la he recibido.

Ines. Leonor, á Lucía luego
trae aquí. *Leon.* Ya voy, señora;
mas no puede ser ahora,
porque viene aquí Don Diego.

Ines. Cielos, que con este hombre *ap.*
sea el casarme forzoso,
y que haya de ser mi esposo
quien me asuste aun con el nombre!

Fern. Todo el color ha perdido *ap.*
al oirle, ántes de verle,
indicio es de aborrecerle:
Tacon, gran dicha he tenido.

Tac. Eso de Tacon no entiendo,
no soy Cerote, tonton?
quieres que con el Tacon
nos conozcan el remiendo?

Fern. Que me ama no hay que dudar.

Tac. Pues si eso tienes, qué pides?
una tarde que te olvides
te la puedes merendar.

Sale Don Diego.

Diego. Ya, Cielos, logran mis dichas
quanto mis ansias desean.
Pues Don Lope, hermano mio,
hálleté yo en hora buena,
quando por haber logrado
lo que mi suerte concierta,
hermano llamarte puedo,
que hermano soy.

Fern. Ines bella,
quién es este Caballero,
que tanto nos hermanea?

Ines. Es Don Diego.

Diego. Qué pregunta?

Ines. No os conoce. *Tac.* Linda flema!
no le he dicho á usted que diga
quien

quien es, quando á verle venga,
ó que traiga sobrescrito?
Si usted sin mal no se acuerda,
qué milagro es, que se olvide
con mil ventosas á cuestas?
Diego. Don Lope amigo, yo soy
Don Diego Osorio, quien llega
á lograr dicha tan alta,
que ser vuestro hermano espera,
y esclavo de Doña Ines;
porque estando ya dispuesta
la voluntad de Don Pedro,
solo que el Nuncio supliera
nuestras amonestaciones
faltaba, y la diligencia
vengo yo de hacer ahora,
porque esta noche ser pueda
dueño feliz de esta dicha;
y ahora, en albricias de ella,
de besar su hermosa mano
os pido justa licencia.
Ines. Ay Leonor! yo estoy mortal.
Leon. A esto no hay mas de paciencia.
Fern. Qué es esto, Tacon? *Tac.* Pues eso
no se vé en lo que desea?
él traía priesa de novio.
Fern. Vive Dios, que si se acerca
para besarla la mano,
le he de romper la cabeza.
Diego. No decís nada, señora?
mas suspension tan modesta
debiera yo agradecer:
claro está que dais licencia
de que yo os bese la mano,
y el no decirlo es modestia
del recato que yo estimo;
y así, la de vos supuesta,
con licencia de Don Lope::-
Fern. Tened, tened, con la vuestra.
Diego. Pues licencia no me dais
de besar su mano bella?
Fern. No, que primero soy yo.
Diego. No es posible que os entienda.
Tac. Que ha estudiado en Alcalá,
y fué primero en licencias.
Diego. Ahora lo entiendo ménos:
Don Lope, pues qué os arriesga
en que yo bese la mano
á mi esposa, quando es cierta
la boda para esta noche?
Fern. Qué boda? *Diego.* No se os acuerda
de que yo he ser su esposo,
pues vuestro padre lo ordena?
Fern. Pues para qué estoy yo aquí?
Leon. Ay Vírgen de la Cabeza!
tu hermano quiere casarse
contigo. *Ines.* Olvidarle dexa,
Leonor, que mi hermano aquí
con este olvido me alienta,
que si no fuera por él,
me hubiera caído muerta.
Diego. Don Lope, de no entenderos
el alma tengo suspensa.
Fern. Pues yo bien claro os he hablado.
Diego. Pues vos os casais con ella?
Fern. Don Diego, no nos cansemos,
que aunque Doña Ines lo quiera,
no ha de casarse con vos.
Ines. Leonor, hay dicha como esta?
la vida me da este hermano.
Leon. Yo pienso que lo dixeras
con mas gusto, á no ser tanto
el parentesco. *Diego.* Suspensa
tengo la voz y el enojo,
Don Lope, á vuestra respuesta:
porque si es inconveniente
para vos ó vuestra herencia,
que se case Doña Ines
ántes que vos, ser pudiera
la respuesta de otro modo;
mas decirme con soberbia,
que no ha de casar conmigo,
es injuriar mi nobleza;
y vive Dios, que á no estar
Ines aquí, á quien respeta
mi amor y veneracion,
tomara yo de esta ofensa
la satisfaccion que debo.
Fern. Pues si os embaraza ella,
guiad donde no os estorbe.
Diego. Pues seguidme en hora buena.
Ines. Ay Cielos! detente, hermano.
Fern. Suéltame, Ines, que es baxeza
no castigar su osadía.
Diego. Soltadle, señora, y venga.
Tac. Hombre, te hiede la vida?

Diego. Eso se verá acá fuera:
dexadle salir.
Sale Don Pedro. Qué esto?
Tac. Jesus! perdióse la hebra:
todo aquí se desvarata.
Diego. Señor Don Pedro, la ausencia
trueca á los hombres: Don Lope
mas mi amigo pensé que era,
y vos pudierais decirme
quando él vino, sin ofensa,
que no me casaba, y no
empeñar mis diligencias
para quedar desayrado;
pero de vos, con la queja
me satisfago, y Don Lope
excusar esto pudiera. *Vase.*
Pedro. Qué es esto, Lope? qué es esto,
Ines? qué palabras necias
son las que dice Don Diego?
Tac. Señor, esto se remedia
con disparatar aquí *A D. Fern.*
hácia el olvido con ella,
que yo te sacaré de ello.
Fern. Señor, es la desvergüenza
mayor que he visto en mi vida:
entró aquí, y en mi presencia
la quiso besar la mano.
Pedro. Si es su esposo, bien pudiera.
Fern. Cómo su esposo, señor?
pues de mí qué hacer intentas?
Pedro. Pues qué he de hacer yo de tí?
Fern. Yo no me caso con ella?
Pedro. Con tu hermana has casarte?
Ceroté, no se lo acuerdas?
Tac. Señor, harto lo trabajo,
mas no hay diablos que le metan,
por mas que esté mazeando,
esta hermana en la cabeza.
Pedro. Pues tú, Ines, esto á tu esposo
advertirle no pudieras?
tan poco su amor estimas?
Ines. Yo, señor, quererle es fuerza.
Fern. Cómo es eso de quererle?
pues ingrata, falsa, fiera,
tirana de mis sentidos,
hechizo de mis potencias::-
Pedro. Lope, qué es esto? qué es esto?
Tac. Ay! que ahora se me acuerda:
en qué estado está la Luna?
Pedro. Ayer entró Luna nueva.
Tac. No es la de Febrero? *Pedro.* Sí.
Tac. Pues de Lope no hagais cuenta
hasta que entre la menguante.
Pedro. Pues por qué?
Tac. Hace años en ella,
que le dió el mal; y esta Luna
le entra con tanta violencia,
que hace en ella mil locuras.
Pedro. Ahora me das esas nuevas?
Lope viene á darme muerte.
Tac. Pues no es bien que te lo advierta!
en la Habana abrió, ahora un año,
á un Clérigo la cabeza,
porque le iba á confesar.
Pedro. Hay desdicha como esta!
Fern. No os canseis, señor, que ese hombre
no se ha de casar con ella,
vive Dios, ú he de matarle.
Tac. Señor, el humor le lleva, *A D. Pedr.*
ó nos hará aquí pedazos.
Pedro. Lope, hijo, tu gusto sea:
no se casará tu hermana,
sino es quando tú lo quieras.
Fern. Me das palabra? *Pedro.* Sí doy:
hay para un padre mas pena! *ap.*
Sale un Cartero con cartas, y una en la mano.
Cart. Ha de casa. *Pedro.* Leonor, mira
quien llama.
Cart. Tres quartos vengan:
A Don Pedro de Lujan,
en la calle de la Reyna:
de Toledo. *Leon.* Es una carta.
Pedro. Págala. *Leon.* Mi faldriquera
no puede. *Tac.* Yo tengo quartos,
tome usted, que el trago espera.
Cart. Dios guarde á vuesas mercedes. *Vas.*
Tac. De estos hay uno, que dexa,
de las cartas que va dando,
un porte en cada taberna.
Pedro. Vióse tal bellaquería! *Lee para sí.*
algun pícaro es, que intenta,
viendo el dolor en que estoy,
acrecentarme la pena:
y á la que hacia mi hijo
es parecida la letra:

en

en esto se vé que es burla.
Fern. Qué es eso? *Pedr.* Una desvergüenza
de alguien que de mí se burla
en la carta; óyelo en ella.
Lee. *Padre y señor mio: Habiendo tantos años que no sabeis de mí, ahora que he vuelto á España, no os he querido avisar de Sevilla, por excusaros la pesadumbre de unas heridas que me diéron en aquella Ciudad: ahora llego á Toledo, y siendo noche de estafeta, no he querido dexar de lograros la alegría de que estaré en vuestra casa tan presto como la carta. Dios os guarde.* Lope.
Fern. Y aqueso decís que es burla?
la burla, señor, es esta
que estais haciendo de mí;
pues como la carta muestra,
teniendo hijo, me quereis
hacer á mí hijo por fuerza;
y vive Dios, que es engaño,
que en la Corte no pudiera
haberse hecho con un negro. *Vase.*
Pedro. Qué dices, Lope? hijo, espera.
Cerote, llámale aprisa.
Tac. Por Dios, que la has hecho buena:
sabiendo que es la creciente,
le vas á dar esa nueva?
mas habré de trabajar
en que por padre te crea,
que en los Artículos ya.
Pedro. Síguele, Cerote, apriesa,
y tráele á casa. *Tac.* Ya voy,
señor: quál el viejo queda! *ap.*
no le sacarán del casco
que es su hijo mi amo, aunque venga
su hijo y los de la Barbuda. *Vase.*
Pedro. Si esto, Ines, no se remedia,
este mozo ha de matarme.
Ines. Dexar que se pase es fuerza
esta creciente de Luna,
y por no irritarle en ella,
concederle quanto pida.
Pedro. Dices bien; y pues su tema
es de casarse contigo,
di tú, que estás muy contenta
de que haya de ser tu esposo.
Ines. Pluguiera Dios, que de veras *ap.*
lo pudiera ser. *Leon.* Señora,
ahora es ocasion que puedas
pedir licencia á tu padre;
porque es lástima que tengas
aquella pobre muger
encerrada, sin que vea
ni hable á nadie de la casa.
Ines. Dices bien, señor, quisiera,
que una merced me otorgases.
Pedro. En sabiéndolo está cierta.
Ines. Me ha venido una criada,
que es quanto el gusto desea
para la comodidad
de una muger de mis prendas,
y quisiera recibirla,
si tú me dieses licencia.
Pedro. Jesus! que venga al instante.
Ines. Pues, Leonor, entra por ella.
Leon. Aquí está en este aposento:
Lucía, salga acá fuera.
Sale Doña Ana. Cielos, si pone mi suerte
en mi mal alguna enmienda,
que aunque he estado tan cerrada,
quando Leonor sale y entra,
de las palabras que dice
ha inferido mi sospecha,
que está Don Lope en su casa;
mas porque ella no la tenga
de mí, preguntar no he osado.
Pedro. Vengais muy en hora buena,
Lucía, á servir á mi hija,
que teneis linda presencia,
y de muger recatada.
Ana. Señor, aunque así mi estrella
me trata, soy bien nacida.
Pedro. Bien el semblante lo muestra:
hija, un gran gusto me has dado,
quédese muy norabuena,
y enciendan luces, que es noche;
tú ve á prevenir la cena
de Lope, que su regalo
es lo que mas me desvela:
lleva luces á mi quarto. *Vase.*
Ines. Ya, Lucía, en casa quedas.
Ana. Beso mil veces tus plantas.
Ines. No estés de aquesa manera;
entra conmigo, Lucía:

Ay amor loco! qué intentas? *ap.*
este hermano ha de ser causa::-
mas no me entiendo á mí mesma.
Ana. Cielos, si está aquí Don Lope,
todo mi mal se remedia. *Vanse.*
Salen Don Lope y Don Felix de camino.
Lope. Don Felix de Guzman, esta es mi casa,
aquí de lo que os pasa
en vuestra pretension me dad aviso,
que pues el Cielo quiso,
que en el camino yo haya conocido
amigo como vos, agradecido
seré á mi buena suerte,
en seros firme amigo hasta la muerte.
Ya que mi esquiva estrella
quiso que ausente de una Dama bella,
que no sé dónde está, venga muriendo,
el amor y la pena resistiendo.
No quiero decir que era *ap.*
Doña Ana de Ribera;
porque siendo Don Felix de Sevilla,
es fuerza conocerla; y permitilla
no quiero aqueste agravio,
que no es acuerdo sabio,
quando no sé el suceso
de su peligro, y puede haber exceso,
que me obligue de nuevo
á no poder pagar lo que la debo.
Felix. Don Lope, vuestra casa he sabido,
y vos por mi posada habeis venido,
que es aquí junto al Carmen, pues el Cielo
quiso que allá en Sevilla, en vuestro duelo,
no habiéndoos conocido, no asistiera;
en Madrid ha de ser de otra manera,
porque sin veros no ha de pasar dia.
Lope. Pues que la suerte mia
de tan graves heridas ha querido,
que bueno me halle ya y convalecido,
yo os doy palabra de ello. (llo
Felix. Yo ignoro el que os hirió; pues el sabe-
nada me importa, no os lo he preguntado,
porque os he visto en esto recatado.
Lope. Es, Don Felix, el caso,
de que el honor está pendiente acaso
de alguien q̃ me está mal q̃ esté agraviado,
y por esta ocasion os lo he callado;
y porque aunque conozco á quien me ha
no soy de él conocido; (herido,
porque sin saber él con quien reñia,
mató al mayor amigo que tenia,
por cuyo riesgo pude yo obligarme
á esconderme en Triana hasta curarme
sin que de él saber mas haya podido,
pues por mi amigo estoy tan ofendido
que si yo le encontrara,
á matarle el enojo me obligara.
Felix. Don Lope, los amigos que lo fueren,
no han de saber lo que callarles quieren:
quedaos con Dios, que vos tendreis ahora
un rato con un padre que os adora,
tras tanta ausencia, sin haberle dado
nuevas de vos.
Lope. A Dios, amigo mio.
Felix. Yo voy á mi posada con cuidado,
porque hoy en Madrid hallar confío
mi amigo Don Fernando de Ribera,
que de alguna quimera
la ocasion de Sevilla le ha traido,
y á Madrid me dixeron q̃ ha venido. *Vase.*
Lope. Cielos, tras tantos años,
cierto es, q̃ á todos he de hallar extraños:
yo he de probar si alguno me conoce,
mas fuerza es que me emboce,
porque dos hombres entran en mi casa,
así saber espero lo que pasa.
Salen Don Fernando y Tacon.
Tac. Señor, viven los Cielos, q̃ aunque venga
una ristra de hijos, no es posible,
que tú dexes de serlo; estás terrible:
ademas, que no puedes, si es tu intento
hacer el casamiento,
lograrlo, si te sales de su casa.
Fern. Pues qué he de hacer si sabes lo q̃ pasa?
quieres que á un desayre me aventure?
pues no es posible que el engaño dure
en viniendo su hijo.
Tac. Cierto, que estás prolixo,
no saldrá el viejo ya de la quimera,
aunque el mismo hijo pródigo viniera:
con aqueste furton, que ahora has hecho,
quedas tú siempre bien, y él satisfecho;
porque despues del caso averiguado,
siempre puedes decir, que lo has negado;
y si esto no te mueve, por San Pablo,
mira qué has de cenar, hombre del diablo,
que hay esta noche grandes prevenciones.

Fern.

Fern. Pues qué hay para cenar?
Tac. Unos capones,
que imagino que cantan en la çena
un villancico de la Noche buena.
Lope. No puedo conocerlos por lo obscuro,
ni entenderlos, por mas que lo procuro.
Fern. Yo por mejor tuviera
decir que soy Fernando de Ribera,
y le obligara la nobleza mia
á darme á Doña Ines; mas tu porfía
me obliga ya á que entremos.
Tac. De eso trato,
simple, pues te dan tanto de barato,
toma la posesion con buen despejo,
que despues aun vendrá á rogarte el viejo.
Fern. Finge tú, que yo estoy muy enojado.
Tac. Yo le pondré al vejete de quadrado.
Fern. Ya tu consejo elijo. (hijo
Tac. Su hijo has de ser, por Dios, aunq el otro
ahora traiga, por probar el padre,
un testimonio aquí de la comadre. *Vanse.*
Lope. Allá dentro se entráron, vive el Cielo,
dexándome el rezelo
de no saber quien son; sin mí he quedado:
mas qué vano cuidado
tengo yo de mi casa,
si en ella nada sé de lo que pasa?
Pues para qué me asusto,
que mi temor no es justo,
quando yo no sé nada?
no puede ya mi hermana estar casada?
Llamar quiero á esta puerta;
pero no es menester, que ella está abierta:
entrar quiero, y dexar mi duda en calma:
Entra y sale.
mas no sé qué rezelo tiene el alma:
el corazon helado me dexáron
estos hombres que entráron;
no es buen indicio que se asuste el pecho,
que el no estar satisfecho
el corazon en casos presumidos,
es porque él sabe mas que los sentidos.
Con luz sale aquí un hombre;
este de casa es, no hay que me asombre,
pues tan seguro aquí le considero:
de él informarme, preguntando, quiero.
Sale Tacon con una luz.
Tac. Señores, suelta la sisa
traigo al jubon y al coleto,
que este viejo recoleto
me hace descalzar de risa.
De como él y yo me llamo,
su hija y todos los del cuento,
queda haciendo en su aposento
una memoria á mi amo.
Llegué á verla (aquí me rio)
y decia el papelejo:
Don Pedro de Lujan viejo
es vuestro padre, hijo mio:
Ines luego, y en hilera
toda la casa ha ensartado,
rematando en el fregado
Dominga la cocinera.
Ya de imaginar me alegro
lo que hará, aunque no le quadre,
quando acostándose padre,
vea que amanece suegro.
Lope. Ha hidalgo?
Tac. Quién pudo entrar
aquí? *Lope.* Preguntaros quiero:-
Tac. Y es buen modo, Caballero?
no hay puertas para llamar?
Lope. Templaos. *Tac.* Hasta la cocina
se podia entrar usté.
Lope. Sois de casa? *Tac.* No lo vé?
tengo de ser de la China?
Lope. Responded, que no es prolixo
preguntando un forastero.
Tac. Si es el hijo verdadero? *ap.*
vive Dios, que huele á hijo:
registrarle con la luz
el rostro quiero; aquí llamo:
él se parece á mi amo,
como un huevo á un avestruz.
Lope. Pues Don Pedro de Lujan
vive en esta casa ó no?
Tac. Desde que en ella plantó
un hijo como un jayan.
Lope. Hijo tiene? *Tac.* Y que ha venido
de las Indias no ha ocho dias,
con mas botas que Tobias.
Lope. De la carta lo han sabido: *ap.*
de eso no me satisfago,
si á recibirle no han ido.
Tac. Ya lo tiene recibido,
y dado carta de pago.

Lope.

Lope. Recibido ya su padre?
si aun no le ha visto? *Tac.* No, dixo?
señores, este es el hijo, *ap.*
por la leche de mi madre:
la hora fatal llegó:
valor, que este mentecato,
ni se parece al retrato,
ni al padre que le engendró.
Señor, vos estais prolixo,
y mi amo se ha de acostar,
y le voy á desnudar.
Lope. Quién es vuestro amo? *Tac.* Su hijo.
Lope. Cielos, si alguien se prohija *ap.*
en mi ausencia (qué pesar!)
hijo debeis de llamar
al marido de su hija.
Tac. Jesus! este es el demonio;
pues espíritu sin luz,
cómo, si huyes de la cruz,
sabes la del matrimonio?
Lope. Diablo me llamais? por qué?
Tac. Porque aquí decís á bulto
lo que yo, aun de puro oculto,
sospecho que no lo sé.
Lope. Oid, no seais majadero.
Tac. Usté, en vez de señoría,
me da la majadería.
Lope. Entrad, y que un forastero
le quiere besar la mano,
decid á Don Pedro. *Tac.* Ahora,
que ha que está durmiendo una hora:
vaya usté y vuelva temprano.
Lope. Entrad luego. *Tac.* A esta ocasion
idos vos, porque no os tope,
que si sale aquí Don Lope,
os dará algun trasquilon.
Lope. Qué Don Lope? *Tac.* Mi señor.
Lope. Qué escucho! ó estais sin seso,
ó estais borracho. *Tac.* Algo hay de eso.
Lope. Entrad, ó del corredor
os echaré. *Tac.* Tan liviano
me juzga? á acostarme voy,
y os perdono, porque estoy
con la candela en la mano.
Sale Don Fernando.
Fern. Qué es esto? quién da aquí voces?
Tac. Señor, este hombre que vés,
que porque me duele un callo,
no le mato á puntapies.
Fern. Pues qué quereis, Caballero?
Lope. Qué es lo que mis ojos vén!
darte la muerte, enemigo.
Fern. Ah traidor! *Mata la luz.*
Tac. San Rafael!
Lope. Ah infame! la luz has muerto?
mas venganza tomaré,
aunque á obscuras, de mi ofensa.
Fern. Quién eres, hombre? *Lope.* Cruel,
soy quien heriste en Sevilla.
Fern. Por la voz le buscaré,
que este ha ofendido mi honor;
mas ya he encontrado con él. *Riñen.*
Tac. Ay, que matan á mi amo!
Dentro D. Pedro. Haz sacar luces, Ines.
Den. D. Ines. Señor, mira si es mi hermano.
Dentro Leon. A obscuras nada se vé.
Salen Doña Ines, Leonor y D. Pedro.
Pedro. Sacad luces.
Quédase D. Pedro en medio, y D. Lope á la puerta, por donde ha de salir Doña Ana con luz, y D. Fernando y los demas enfrente.
Ana. Aquí están:
Qué es lo que miro! no es
Don Lope este? *Lope.* No es Doña Ana
esta que veo? *Fern.* Ah cruel,
aleve y fiera! *Ana.* Ay de mí!
valedme, Cielos. *Pedro.* Deten,
Lope, hijo. *Fern.* Ya no soy Lope,
dexadme, Don Pedro, pues.
Lope. Doña Ana? *Ana.* Don Lope, esposo,
defiéndame aquí tu fe
del peligro de mi vida.
Lope. Esto lo primero es:
vente, Doña Ana, tras mí. *Vanse.*
Fern. Dexadme que muerte dé
á un aleve y á un traidor.
Pedro Haz sacar luces, Ines:
Hijo, Lope. *Fern.* Todo el mundo
no me podrá detener. *Vase.*
Pedro. Pues tras tí me has de llevar. *Vase.*
Ines. Qué es lo que mis ojos vén!
ah ingrato hermano! ay Leonor?
que esta criada cruel
era Dama de mi hermano.
Leon. De eso tiene el parecer.

Ines.

Ines. De envidia y zelos voy muerta:
mas si es mi hermano, por qué? *Vase.*
Tac. Jesus, y qué bravo caldo
se ha revuelto! mas si es
el caldo de olla podrida,
quiero ser la liebre en él.

JORNADA TERCERA.

Salen Doña Ines, Don Pedro y Tacon.

Pedro. Ines, yo pierdo el sentido
de dolor. *Ines.* Templa el cuidado,
señor, que te has desvelado,
y esta noche no has dormido.
Pedro. Cómo habia de dormir
quedándose Lope fuera?
qué tenerle no pudiera!
qué no le pude seguir!
Y de lo que mas me aflijo,
fué, que diciendo partió,
que no era su padre yo,
ni él era Lope mi hijo.
Tac. Ya esto acabó, no hay que hacer
enredos ya ni mentir, *ap.*
mañana habré de pedir
limosna para comer.
Pues, señor, ya me despido.
Pedro. Por qué, amigo? qué te ha dado?
Tac. Señor mio, esto ha durado
lo que mi Dios fué servido.
Pedro. Tambien tu lealtad me olvida?
Tac. Si él no vuelve, qué he de hacer?
Pedro. Cómo que no ha de volver?
perderé el juicio y la vida:
Cerote, por qué ocasion
te quieres ir? de ansia muero!
Tac. Como usted no es zapatero,
no puedo darle razon.
Pedro. Aunque mi pesar lo note,
qué causa hay, Cerote? dilo.
Tac. Qué en acabándose el hilo,
no es menester el cerote.
Pedro. Cómo acabarse? ay de mí!
mira que me das la muerte:
si hay algun pesar mas fuerte,
dilo ya, y muera yo aquí.
Tac. No lo vén? con mas presteza
podrá sacarle el gatillo *ap.*
de la quixada un colmillo,
que el hijo de la cabeza.
Ines. Qué á mi hermano le sucede?
yo estoy sin mí de temor:
qué quieres, injusto amor!
Y por qué volver no puede
á casa? *Tac.* Yo lo dixera,
mas de él tengo mucho miedo.
Ahora yo he de ver si puedo *ap.*
sacarle algo por postrera.
Vé usted aquel hombre tan fiero,
que á reñir con él se atreve?
pues es un hombre á quien debe
mi amo un poco de dinero,
y él á mi amo ántes debia
dineros, que le pagaba,
y siempre que le encontraba,
al punto se los pedia;
mas despues que le pagó,
mi amo el deudor vino á ser,
y no hay modo de poder
cobrar de él. *Pedro.* Pues por qué no?
Tac. Se olvidó que le debia.
Pedro. Pues cómo no se olvidó
de lo que el otro debió,
pues siempre se los pedia?
Tac. Por eso á reñir se mueven.
Pedro. Y es razon que se los pida.
Tac. De lo que debe se olvida,
mas no de lo que le deben.
Pedro. Y eso recatando estás,
quando estoy tan afligido?
de quánto la deuda ha sido?
Tac. Cien escudos son no mas.
Pedro. Pues yo se los pagaré,
porque no esté tan molesto.
Tac. Si señor, salgamos de esto,
que yo se los llevaré.
Pedro. Pues yo voy á mi aposento
á dártelos de contado.
Tac. Pues con eso está ajustado,
y vendrá Lope al momento.
Pedro. Solo por eso reñia,
y con cólera tan ciega,
que soy su padre me niega,
y al otro matar queria?
Al verlo tan impaciente,

te-

temí que fuera otro exceso.
Tac. Jesus! pues no adviertes, que eso
lo ocasionó la creciente?
Pedro. Por los cien escudos voy
al instante á mi escritorio. *Vase.*
Tac. Animas del Purgatorio, *ap.*
cien Misas de ellos os doy:
nadie culpe á mis cuidados
la estafa, al verme perdido,
que no es mucho haber vendido
un hijo por cien ducados.
Ines. Dime, ingrato, desatento,
tu traicion, si lo sabia,
por qué á mí no me decia
de esta muger el intento?
Es bien haber engañado
á mi amor con su sentido,
quando yo de mí me olvido?
Tac. Ay! que el mal se le ha pegado.
Ines. Mas qué he dicho?
Tac. Ay Dios, qué exceso!
Ines. Sin mí estoy! locura es.
Tac. Jesus! pues la hermana Ines
ahora sale con eso?
Ines. A poder ser él mi esposo,
confieso que le estimara
mas que á otro, á quien juzgara
tan fino y tan amoroso.
Tac. Eso ya es inclinacion.
Ines. No es delito, aunque sea así.
Tac. Pues qué me darás á mí
si traigo dispensacion?
Ines. Dispensacion? esa es buena.
Tac. Eso no saben acá;
el de Miquinés las da
á seis quartos la docena.
Ines. Mas tente, Cerote, y mira
quién es quien entra aquí dentro.
Sale D. Lope. Ya de Doña Ana el encuẽtro
templó en mi afecto la ira:
de Felix en la posada
esta noche la he asistido,
que como recien venido,
fué allí mi eleccion forzada
para poderla librar;
allá sola se quedó,
y al punto que amaneció,
mi padre vuelvo á buscar.
Ines. Quién es? *Lope.* Hase levantado
ya Don Pedro de Lujan?
Tac. Qué es lo que miro! San Juan.
Ines. Quién es? *Tac.* El deudor pasado,
en acreedor convertido.
Ines. Caballero, ya saldrá
mi padre, y os pagará
lo que mi hermano ha debido.
Lope. Sois vos su hija? *Ines.* Yo soy.
Lope. Dame los brazos, hermana.
Ines. Qué decís? *Tac.* Santa Susana!
Lope. Yo soy tu hermano. *Tac.* Ya voy.
Lope. Hermana Ines. *Tac.* Hay quimera
mas linda! *Ines.* Yo hermana? paso.
Tac. Debe de pensar acaso,
que eres tú la Hospitalera.
Lope. Cómo con despego tal
llegas un hermano á ver?
Tac. Usted lo debe de ser
del Hospital General.
Sale D. Pedro. Vamos, Cerote, á pagarle
á este hombre, que es lo primero,
que ya aquí llevo el dinero.
Tac. Pues bien puedes derramarle.
Lope. Padre y señor. *Tac.* Christo eterno!
Ped. Qué habla este hombre? padre dixo?
Tac. Sí, que ahora os sale este hijo,
como cebollon de invierno.
Lope. Cielos, qué es esto que toco!
no me conoces? *Pedro.* Quién eres?
Lope. Que soy Don Lope no infieres?
Pedro. Qué dices, hombre? estás loco?
eso me dices á mí,
quando mi hijo está en casa?
Lope. Cielos, qué es esto que pasa!
Tac. No lo dixe? venlo aquí:
miren aquí los regalos
que halla, el diablo me lo dixo:
si este hombre da en ser su hijo,
le han de dar quatro mil palos.
Lope. Padre y señor, padre mio,
Don Lope soy de Lujan,
que aunque los años me habrán
trocado el rostro, no el brio,
que heredé de aquesos brazos;
y si en mi ausencia ha fingido
alguien, que tu hijo ha sido,
yo le haré dos mil pedazos,

que

que sin duda es hombre baxo
quien finge por su interes,
que es tu hijo. *Tac.* Par Dios, que es
tieso el hijo como un ajo.
Ines. Señor, esto es fingimiento.
Tac. Gran dia ha de ser el de hoy.
Pedro. Hija, vive Dios, que estoy
perdiendo el entendimiento.
Lope. Señor, yo anoche llegué,
y aquí encontré á mi enemigo,
y no hablé entónces contigo,
porque á su hermana libré.
Pedro. Luego quien riñó con él
fuisteis vos: de pena muero!
no es á quien debe el dinero
este hombre? *Tac.* Digo que es él.
Lope. Qué dinero? *Tac.* Hay taravilla
como esta, ó es carantoña?
usté no es el hijo de Oña,
el Mercader de Sevilla?
Lope. Hombre, tu error lo imagina,
si esa apariencia te ofrece.
Tac. Señores, se le parece
como un pollo á una sardina.
Pedro. Caballero, vive Dios,
que ya es mucha demasía
y mucha bellaquería,
quando el que riñó con vos
era mi hijo, querer
fingiros vos hijo mio,
quando á vuestro desvarío
contradice el parecer:
Porque si por darme enojos
lo habeis querido fingir,
os lo sale á desmentir
lo que están viendo los ojos.
Mi hijo Don Lope está en casa,
y él es mi mismo retrato,
y si vuestro desacato
ya mas adelante pasa,
tendrá osadía tan vana
castigo á su atrevimiento.
Tac. Verán si no para el cuento
en zurrarle la badana.
Lope. Qué es lo que escucho! señor,
quien riñó conmigo era
Don Fernando de Ribera,
y quien con ciego furor
en Sevilla me hirió á mí
en su casa, por Doña Ana
de Ribera, que es su hermana,
aquella que estaba aquí;
y esto lo echareis de ver,
en que al punto que la vió
á matarla se arrojó:
y yo para defender
el peligro de su vida,
de tu casa la saqué,
y á otra casa la llevé,
donde la tengo escondida:
y si no crees que es verdad,
vente tú, señor, conmigo,
que hallando en ella un testigo,
saldrás de tu ceguedad.
Tac. Cielos, no es nada la veta
de la media. *Pedro.* Mas me aflijo:
tu amo no es Lope mi hijo?
Tac. Como Lope fué el Poeta.
Pedro. Pues qué es esto?
Tac. Esas son largas.
Pedro. Tú me harás desesperar.
Tac. Helo yo de averiguar?
yo soy Cerote, y no Vargas.
Lope. Villano, pues tú este daño
estás fomentando aquí,
viven los Cielos, que en tí
he de vengar el engaño.
Tac. Señor, sé tú mi coleto.
Lope. Aunque lo contrario intentes,
yo soy su hijo, y tú mientes.
Tac. Por mí, mas que seas su nieto.
Pedro. Qué intentas, hombre prolixo?
no basta darme pesar,
sin que vengas á matar
el criado de mi hijo?
Lope. Que yo soy tu hijo, señor.
Tac. Bien puede él haberlo sido,
sin que tú lo hayas sabido.
Ines. Padre, el remedio mejor
es el irlo á averiguar,
y que tú vayas á ver
lo que dice esa muger,
que ella no puede afirmar,
que sea Lope su hermano,
estando él aquí presente,
que si él su engaño desmiente,

D quan-

quanto diga será en vano.
Pedro. Allá he de ir: si esto sería
verdad, y este mi hijo fuera!
Ines. Yo las albricias me diera,
que á mí mas bien me estaria.
Pedro. Venid pues. *Lope.* Ya yo os asisto.
Tac. Ve tú, y allá te lo avén.
Pedro. Tú has de seguirnos tambien.
Tac. Esto es malo, vive Christo.
Pedro. Guiad: dónde habemos de ir?
Lope. A salir de este embarazo.
Tac. Pues ya se desata el lazo,
bien me podré yo escurrir. *Vanse.*
Ines. Cielos, se habrá visto pecho
en confusion semejante!
que yo con un hombre encuentre,
que me enamore en la calle,
que entré en mi casa inclinada,
y que le trayga mi padre
por mi mismo hermano á casa,
que en rostro, presencia y talle
tenga señas de mi hermano,
palabras y obras de amante,
y que su amor y su olvido
me obligue contra la sangre!
Que una muger forastera
venga á mí, porque la ampare,
que yo en casa la reciba
con generosas piedades,
que venga un hombre de fuera,
que aquí riñendo se hallen
mi hermano y él, al sacar
ella una luz, su semblante
mueva en mi hermano un enojo
de quien el otro la guarde,
y ahora vuelva este hombre mismo,
con razones eficaces
afirmando, que es mi hermano,
y entre confusion tan grave
se hallen todos los sentidos
sin saber hácia qué parte
poder guiar el discurso;
y quando ningun dictámen
en todos ellos es fixo,
solo mi amor es constante,
sin que las dudas se alteren,
ni la razon le contraste
de ser mi hermano el que quiero!
Sin duda hay secreto grande
de amor entre tantas dudas,
y el corazon es quien sabe
estos secretos á veces;
pues si él permite que ame,
siendo quien saberlo puede,
sin duda no es yerro amarle,
que á ser mi hermano, el delito
contradixera la sangre;
mas caso que no lo sea,
qué importa el quererle fácil,
quando ya en darme á Don Diego
está tan firme mi padre,
que hoy dice, que de secreto
con él ha de desposarme?
Amor, qué quieres de mí,
quando eres para templarte,
si no es mi hermano, imposible,
y si es mi hermano, culpable?
Sale Leonor. Señora, tu hermano viene
descolorido el semblante,
y ajado, como quien suele
pasar la noche en la calle.
Ines. Ay Leonor, que yo presumo,
que son mayores mis males;
que no es mi hermano. *Leon.* Qué dices?
Ines. Que hay ya muchas novedades.
Leon. Pues qué mas quiere tu amor,
si que no es tu hermano sabes?
Ines. Qué importa si con Don Diego
me quiere casar mi padre?
Leon. Jesus, y qué mentecata!
no sabes que él es tu amante?
Ines. Sí lo creo, así es verdad.
Leon. Pues hay mas de que le engañes
á tu padre, y que este Lope,
que por hermano te traen,
con la piel del otro hermano
hoy la bendicion le gane,
como el otro lo hizo marras?
Ines. Cómo ha de ser eso fácil?
Leon. Mas él viene. *Ines.* Sin mí estoy
entre dos precisos males.
Sale D. Fern. Despues que toda la noche
de ofendido y vigilante,
por buscar mis enemigos,
no dexé casa ni calle,
sin poderlos encontrar;

apé-

apénas el dia sale,
quando en la Red de San Luis,
queriendo pasar al Cármen,
á Don Felix de Guzman
encontré, mi amigo grande,
al qual de verme admirado
calló mi afrenta el semblante,
que no ha de saber mi agravio
hasta mi venganza, nadie.
Enseñóme su posada,
donde volver á albergarme
pienso, hasta hallar mi enemigo,
que ya no es bien que yo pase
en lances de honor con burlas,
de amor y olvido, adelante;
y así, á Don Lope y á Ines::-
mas ella está aquí. *Ines.* Pesares *ap.*
matad ó morid: Don Lope,
señor, hermano, qué haces?
qué novedades son estas?
de dónde vienes? qué traes?

Fern. Ya, señora Doña Ines,
es fuerza que el alma os hable
con las veras, que hasta aquí
decente ocultó el donayre.
Yo no soy hermano vuestro,
no, no el cariño lo extrañe,
que el lugar que tengo en él,
si es mi ventura tan grande,
que haya merecido alguno,
no vengo á desocuparle,
sino á pedir, que de hermano
me le troqueis en amante:
para aquesto en vuestro pecho
no ha de entrar ni salir nadie.
Yo estoy dentro, vos me veis,
no el decoro os embarace,
porque no habreis menester
mas, que para mejorarme,
dar el oficio al amor,
que estaba haciendo la sangre;
y porque ocuparle puedo
conozcais, digo ocuparle
por capaz del favor vuestro,
que á vos no os merece nadie.
Don Fernando de Ribera
soy, que en aquel mismo instante,
que os ví en Madrid, de Sevilla
acababa de apearme:
tráxome aquí una desdicha
(permitidme que la calle,
porque al decirla rezelo,
que me arrojeis de la parte
donde me teneis, señora,
si vos llegais á mirarme,
aunque fué sin culpa mia,
vestido de este desayre.)
Estando en la calle pues,
sin tener donde albergarme,
sin socorro, por cogerme
sin prevencion este lance,
á los ojos de Don Diego
y al ansia de vuestro padre
posiblemente engañaron
las señas de mi semblante:
y esto junto con fingir
mi criado con tal arte
la enfermedad de mi olvido,
hizo el engaño mas fácil.
Tráxome á casa por hijo,
donde trocando el dictámen,
lo que aceté desvalido,
lo proseguí por amante.
Obligóme vuestro amor,
á lo que sin causas tales
fuera, señora, indecente
en un hombre de mi sangre.
Mas ya el declararme es fuerza,
porque en mi pecho no caben
aquellas burlas fingidas
al lado de mis pesares:
vuestro amor sé que en él vive,
y creed, señora, que es grande,
pues tal linage de pena
no resiste el maridage.
A decir esto resuelto
vengo á vos y á vuestro padre,
porque en ningun tiempo pueda
ser por mi engaño culpable,
que aunque en esto os aventure,
mas quiere mi noble sangre,
que ayrosa verdad os pierda,
que indigna cautela os gane.
Y mirad lo que os estimo,
pues quando mi duda sabe,
que el digno lugar de hermano

 ten-

tengo en vuestro pecho afable,
mi corazon no se atreve
á estar en él como amante,
sin que ántes de aqueste engaño
la aleve mancha se lave.
Don Fernando de Ribera
soy, por mi noble linage
del logro de mis deseos
son mis blasones capaces;
pero capaces, teniendo
vuestra gracia, que esa nadie
la merece, porque es gracia;
y la nobleza mas grande,
quando se pone á la vista
de luces tan celestiales,
solo es un vaso capaz
donde sus favores caben.
Solo mi amor os propongo
por mérito de mi parte,
y ese lo es queriendo vos,
sin que yo pueda quejarme
de vos, porque no quereis,
que el no ser mi amor constante
correspondido, es desdicha,
no culpa en vuestro dictámen,
que no nace la hermosura
obligada, quando nace,
á querer á quien la quiere,
si es la de su amor constante.
Ya pues, señora, que yo
la obligacion de mi sangre
he cumplido, haced ahora
lo que el afecto dictare;
si os conviene, consultad
mi deseo á vuestro padre,
y del engaño, con él
por el amor disculpadme;
y sabed, que yo no puedo,
por lo que el alma os aplaude,
dexar nunca de ser vuestro,
aunque mi amor no os alcance.
Y si fuere mi fortuna
tan corta, que no se abrase
por víctima el corazon
en vuestro incendio suave;
quejoso de mi desdicha,
y agradecido á mis males,
por la gloria de la causa,
viviré de mis pesares
contento de haber perdido
una ventura tan grande,
por no ajar mi bizarría
de tal engaño el ultraje.

Ines. Don Fernando, quién pudiera
con palabras eficaces
decirte los parabienes,
que doy á mi amor de hallarte
galan, quando por mi hermano
estaba oculto en la cárcel
de mi silencio: aquel dia
que te ví, en el mismo instante
los ojos que me pediste,
eres tú quien me llevaste:
mas de este amor el estorbo
es el gusto de mi padre,
que me casa con Don Diego:
mas primero que me case,
á morir me resolviera.
Ahora pues, tú ya sabes
de mi amor y tu peligro,
ponte en el riesgo de parte
del remedio, si hay alguno.

Fern. Ya, señora, llegó el lance
tan á punto del extremo,
que el remedio que aquí cabe,
es el que yo no me atrevo
á proponeros amante,
por el respeto que os tengo.

Leon. Respeto? es para galanes
de la era del Rey Bamba,
que oliendo el favor de un guante
estaban nueve ú diez años;
pero ya no se usa el trage
de las calzas atacadas.

Ines. Fernando, no lo dilates:
ántes de decir mi amor
pudieras embarazarte;
mas diciendo, que te quiero,
mas que atento, eres cobarde.

Fern. Pues el remedio, señora,
solo es poneros en parte
donde digais que sois mia,
sin que el riesgo os lo embarace,
que desde allí á ser mi esposa,
me toca á mí lo restante.

Ines. Quándo ha de ser eso? *Fern.* Luego:
que

que en sabiendo vuestro padre
que no soy su hijo, es preciso
que aquesta ocasion me falte.
*es.*Y dónde he de ir? *Fern.* A un Convento.
es. Pues, Leonor, los mantos trae.
on. Al arma, Comendadores. *Vase.*
es. Toma, dueño mio. *Fern.* Qué haces?
es. Darte la mano::- *Fern.* Qué dices?
es. De tu esposa. *Fern.* Dicha grande!
es. Esto es preciso. *Fern.* Por qué?
es. Por ir honrada. *Fern.* A qué parte?
es. Siendo yo tu esposa ya,
á donde tú me llevares.
Sale Leonor con los mantos.
rn. Pues yo al alma la traslado
por mi labio. *Ines.* No te tardes.
rn. Vamos pues. *Ines.* Ya yo te sigo.
rn. Bien haya mi suerte. *Leon.* Andares,
eso sí, marido á gusto,
aunque sea pobre, que hace
a boda en Carnestolendas
con quesadillas y ojaldres. *Vanse.*
e Doña Ana con manto, y Don Felix.
lix. Señora, perdonad, que con la prisa
le salir con Don Lope esta mañana,
in papel olvidé, cosa precisa
para mi pretension. *Ana.* Prevencion vana
s la que haceis, señor, en vuestra casa,
n quien os debe amparo tan atento.
ix Entre tales amigos, siempre pasa
l que hace el gusto, el agradecimiento:
emas de que á Don Lope se lo debo,
estando aquí vos sola, no me atrevo
entrar, aunque es segura mi fineza.
ı. Esa atencion tendrá vuestra nobleza
or lo que á sí se debe;
ero no porque aquí la causa os mueve,
ue de vos y de mí Don Lope alcanza,
uando me trae aquí la confianza,
ie merece tan fiel correspondencia.
x. Pues de entrarle á buscar me dad licencia. *Vase.*
ı. Cielos, que yo viniera
buscar el peligro, y que saliera
elante de mi hermano!
ómo esto pudo ser, discurro en vano;
no fué, que ofendido,
Don Lope siguiendo haya venido:
dicha ha sido librarme de la muerte,
ya agradezco á mi suerte,
que habiéndome Don Lope aquí traido,
no me haya conocido
aqueste Caballero,
que de Sevilla es, á lo que infiero,
pues yo allá oí su nombre;
sombra no encuentro ya, q̃ no me asombre
de mi hermano la intrépida locura,
de cuyo enojo aquí no estoy segura,
pues siempre me parece que le encuentro.
Sale Don Fernando.
Fern. Don Felix de Guzman está aquí détro?
Ana. Valedme, Cielos, en tal riesgo ahora!
Fern. No está en casa Don Felix, mi señora?
Sale Don Felix. Quién á Don Felix busca?
Ana. Ahí os espera.
Fern. Tu amigo Don Fernando de Ribera.
Ana. Ay Cielos! yo soy muerta,
si no puedo salir por la otra puerta. *Vase.*
Felix. Amigo mio, qué es lo que me quieres?
Fern. Aquí vienen conmigo dos mugeres,
que miéntras hago yo una diligencia,
de que estén aquí dareis licencia.
Felix. Amigo, vive Dios, que me has cogido
aquí con otro páxaro en el nido.
Fern. Por qué?
Felix. Porque aquí tengo una señora,
que me encargó un amigo; mas ahora
se lo entraré á rogar: decid que espere,
que no lo puedo hacer, si ella no quiere.
Fern. Sí querrá por dos horas solamente,
que en las mugeres no es inconveniente,
que ellas no se embarazan.
Felix. Voy á verlo, (*Vase.*
que no puedo hacer mas, que proponerlo.
Fern. Entra, Ines. *Salen Ines y Leonor.*
Ines. Ay Fernando! quiera el Cielo,
que de mi amor se logre el firme zelo
con que te sigo. *Fern.* Aquí estarás en tanto
que yo busco el Convento.
Leon. Cielo santo!
la oracion de San Juan me salió cierta,
porq̃ en echando el huevo fuí á la puerta,
y Cerote dixeron de allí á un rato,
y cerote bien viene con zapato.
Sale Don Felix.
Felix. Fernando, ya no es menester licencia,
que

que la muger se fué: y es evidencia, *ap.*
que de Fernando ha sido conocida,
pues al verle, de aquí se fué afligida:
de ella daré á Don Lope buena cuenta;
sea quien fuere, ha sido desatenta.
Fernando, tú, despues de haber venido,
acaso alguna Dama has conocido?
Fern. Si no es á la que veis, otra ninguna.
Fel. Puesq es esto? hay muger mas importuna,
q̃ porq̃ entró aquí un hombre se haya ido!
amigo, ya en tu intento estás servido.
Fern. Pues despues de dexar estas señoras
aquí dentro, te pido por dos horas,
que me acompañes á una diligencia.
Felix. Eso no puede ser con tu licencia;
porque otra ocupacion me llama.
Fern. Mayor?
Felix. Sí, de buscar aquesta Dama
que para irse, mas causa no ha tenido,
que huir de tí, si á tí te ha conocido.
Fern. Muger que huyó de mí? Cielo, si fuera
mi hermana esta cruel: que bien pudiera,
pues no es conocida ella de mi amigo:
quién te traxo esa Dama?
Felix. Eso no digo,
porque Dama y secreto me ha fiado,
y en quanto esto, he de estar siempre á su (lado.
Fern. Pues no hay peligro?
Felix. Y grande, segun dice.
Fern. Cielos, si he sido yo tan infelice, *ap.*
que contra mí mi amigo esté empeñado!
mas aquí es imposible mi cuidado:
que Don Felix el cargo no admitiera,
quando supiese que mi hermana era!
ignorándole, ménos ser podia;
porque cómo es posible, que en un dia,
siendo Don Felix hoy recien venido,
sea de mi ofensor tan conocido?
Yo, D. Felix, he de irme á aqueste intento.
Felix. Esta la llave es de mi aposento,
dádsela á esa señora,
que yo á buscar la otra voy ahora.
Fern. Vamos pues.
Felix. A buscarla me resuelvo.
Fer. Cerrad, señora, vos, q̃ luego vuelvo. *Vans.*
Ines. Cierra, Leonor, la puerta:
Cielos, si tanta dicha será cierta!
mas mira, que á la puerta están llamando,
ábrela, pues quizá será Fernando.
Leon. Sin sosiego me tiene el casamiento
Dios quiera que no pare en sentimiento
Ines. Hay pena mas tirana!
Leon. Quién llama aquí?
Dentro D. Lope. Yo soy, abre, Doña Ana
Leon. Ay, señora, muerta estoy!
tu padre. *Ines.* Jesus mil veces!
Leon. Aquí nos parten las nueces
ó las piernas: yo me voy. *Vase.*

Salen D. Pedro, D. Diego, D. Lope, y Tacon.

Pedro. Yo tanto me he detenido
para que sea Don Diego
testigo de que estais ciego.
Tac. Escurrirme no he podido.
Diego. Vos Don Lope? vive Dios,
que á no ver que vuestro engaño
es castigo mas extraño,
reñido hubiera con vos.
Lope. Pues la verdad no ha podido,
ni las señas, que yo he dado
tan seguras, no han bastado
para haberme conocido;
y el tener acaso ese hombre
el semblante que os engaña,
que yo tuve, quando á España
dexé, y el tomar mi nombre;
no pretendo ahora pues,
que por hijo me tengais,
sino que aquí conozcais,
como ese hombre no lo es.

Tápase mas Doña Ines.

Este es mi padre, Doña Ana,
no te encubras, que es en vano:
dí quien soy yo, quien tu hermano.
Ines. Hay pena mas inhumana,
que encontrarme aquí mi padre?
Lope. Dilo pues, que aquí no hay mal
que rezelar. *Tac.* No hagas tal,
por la leche de tu madre.
Lope. Da, pues le importa á mi fama,
de descubrirte licencia.
Pedro. No veis como en mi presencia
no osa decirlo esta Dama?
Lope. Doña Ana, qué intentas, dí,
que á hacer una grosería
me ocasionas? *Ines.* Suerte mia,

qué

qué he de hacer, que estoy sin mí!
Tac. Por vida de Ines de Astorga,
que lo diga: vélo usted,
ella lo niega. *Lope.* Por qué?
Tac. Porque aunque calla, no otorga.
Pedro. De vuestro engaño prolixo,
viendo el desengaño, os dexo,
Tac. Señores, con esto el viejo
mas se encarniza en el hijo.
Lope. Cómo iros? vive Dios,
que ántes se ha de descubrir,
y tambien lo ha de decir
quien soy delante de vos. *Sale D. Felix.*
Felix. Vive Dios, que hallar no puedo
esta muger: Mas qué miro!
quién está aquí? *Lope.* Pues Doña Ana,
primero el desayre mio
excusar quiero, pues siendo
tu esposo, no has querido
descubrirte; y así yo::-
Ines. Valedme, Cielos divinos!
Felix. Qué es lo que haceis? deteneos.
Lope. Felix, Doña Ana es testigo
de lo que á mi honor le importa,
y por mas que le he pedido,
que se descubra, y lo diga,
no quiere. *Felix.* Tened por Christo,
que esta Dama no es Doña Ana.
Lope. Pues quién? *Fel.* No puedo decirlo,
ni aunque quisiera pudiera,
porque la traxo un amigo
aquí, sin saber quien es.
Lope. Pues y Doña Ana? *Felix.* Se ha ido
de aquí, sin saber yo donde.
Lope. Eso, Felix, es indicio
de que estais vos en su intento,
y fomentais su designio:
O falso amigo! ó traidor!
Felix. Ni traidor ni falso amigo
soy, porque esta no es Doña Ana.
Pedro. Pues si veis que ella no ha sido,
qué es lo que intentais ahora?
Lope. Descubrirse no ha querido,
y yo he de hacerlo, Don Felix.
Felix. Pues que yo he de resistirlo
entended. *Lope.* Viven los Cielos,
que tu traicion, falso amigo::-
Felix. Don Lope, viven los Cielos,
que es verdad quanto os he dicho,
y no es Doña Ana esta Dama.
Pedro. Qué escucho! Don Lope dixo?
Tac. Si lo finge para tí,
no puede haberlo fingido
para el otro? *Pedro.* Caballero,
Don Lope es un hijo mio,
que este que veis no es Don Lope.
Felix. Yo esa duda no averiguo,
solo esta Dama defiendo,
que me ha encargado un amigo:
entraos, señora, allá dentro.
Ines. La vida á este hombre he debido. *Vas.*
Lope. Don Felix, esa es traicion,
que mi acero::- *Pedro.* Estais sin juicio?
mirad, que estoy á su lado,
si intentais tal desatino.
Diego. Y yo tambien. *Tac.* Y yo y todo.
Lope. Padre, vos::- *Pedro.* Hay tal delirio!
hombre, yo no soy tu padre.
Tac. Señor, que te llame tio,
pártase la diferencia,
y hazle siquiera sobrino.
Lope. Señores, caso como este
habrá á otro hombre sucedido?
Viven los Cielos sagrados,
que perdiendo estoy el juicio.
Felix. Don Lope, esta es la verdad.
Pedro. Que no es D. Lope: hombre, idos,
ó perderé la paciencia,
y haré con vos un delirio.
Diego. Y yo tambien, vive Dios,
que estais ya muy atrevido
en un engaño tan grande.
Tac. Y yo tambien, vive Christo,
pues quereis ser hijo hongo,
que sin sembrarle ha nacido.
Lope. A todas esas injurias
respondo, que las permito;
porque aunque mi padre aquí
á mí no me ha conocido,
yo le conozco por padre,
y le respeto como hijo;
y porque dudo si es cierto
lo que Don Felix ha dicho,
iré á buscar á Doña Ana,
y ella será fiel testigo
de mi verdad, si la hallare;
y vive el Cielo Divino,
que si la ocultais, Don Felix,

de

de mí tengais el castigo. *Vase.*
Pedro. Caballero, este pesar
por mi causa habeis tenido,
que este hombre sin duda es loco.
Tac. Sí señor, porque ha querido
hacerse hijo de mi amo,
como si espiga de trigo
fuera él, que de repente
le salen tres ó quatro hijos.
Sale Don Fernando.
Fern. Ya he apalabrado el Convento:
mas, Cielos, qué es lo que miro!
Don Pedro y Don Diego aquí?
si á Doña Ines habrán visto?
Pedro. Este es mi hijo, señor;
ven acá, Lope, hijo mio,
qué es esto? dónde has estado?
Fern. Pues, señor, ya no has sabido,
que no soy tu hijo? *Pedro.* Hay tal cosa!
que no sanes de tu olvido!
Tac. Señor, yo no te lo dixe?
no hay remedio, vive Christo,
de que al otro hijo le crean.
Fern. Don Felix, dónde se ha ido
la Dama? *Felix.* Allá dentro está,
que nadie la ha conocido.
Fern. Mirad, que este hombre es su padre.
Felix. Su padre? grande peligro!
Pedro. Lope, cómo no me abrazas?
Fern. Forzoso es aquí fingirlo, *ap.*
por el peligro de Ines.
Pues, señor, qué te ha traido
á esta casa? *Pedro.* Un hombre loco,
que da en que él es tú, y ha dicho
aquí quatro mil locuras.
Tac. Es un loco, vive Christo:
Señor, mira lo que pasa:
de risa pierdo el sentido.
Salen Don Lope y Doña Ana.
Lope. Aquí vereis, Caballero,
si es verdad lo que yo digo:
entra conmigo, Doña Ana.
Ana. Ay Cielos, qué es lo que miro!
Fern. Ah infiel hermana! *Lope.* Teneos,
Don Fernando, que el delito
de Doña Ana os está bien:
entrad, señora, conmigo.
Felix. Ahora estoy á vuestro lado,
mirad, que he dado á este amigo
palabra de defender
de aquesta Dama el peligro.
Fern. Mirad, Felix, que es mi hermana.
Felix. Fernando, lo dicho dicho.
Pedro. Cómo tu hermana? qué dices?
hay mayores desatinos!
Fern. A todos he de mataros,
quitaos vos, que nada miro.
Pedro. Tú me pierdes el respeto?
Tac. En estando enfurecido,
se matará con su padre.
Lope. Don Fernando, ya os he dicho,
que os está bien. *Fern.* Bien á mí?
Lope. Sí, siendo yo su marido.
Fern. De esa suerte decís bien,
pues restauro mi honor limpio.
Lope. Pues ahora, porque todos
salgamos de un laberinto,
vos Don Fernando no sois
de Ribera? *Fern.* Así lo afirmo.
Lope. Pues yo, señor, soy Don Lope
de Lujan. *Pedro.* Cielos, qué he oido!
pues no eres mi hijo tú?
Fern. Sí, yo lo soy, y lo he sido.
Pedro. Pues cómo aquesto respondes?
Fern. Porque vos no habeis sabido
como lo soy, mas vereislo:
Ha Doña Ines. *Salen D.ª Ines y Leon.*
Ines. Dueño mio.
Fern. Dame la mano. *Ines.* Soy tuya.
Fern. De este modo soy tu hijo,
porque hasta aquí lo fuí solo,
porque soy el Parecido.
Tac. Lleve el diablo quien hablare
palabra sobre lo dicho.
Pedro. Pues me está bien, yo lo acepto.
Tac. Pues, Leonor, tu mano pido.
Leon. Yo la doy, y con dos manos.
Tac. Y con esto, y con un vitor::-
Todos. Para Moreto aquí tiene
fin dichoso el Parecido.

FIN.

Con licencia, en VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, donde se hallará esta, y otras de diferentes títulos. Año de 1768.